

BOLSIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

EL MUERTO ESTA BIEN MUERTO

Clark Carrados

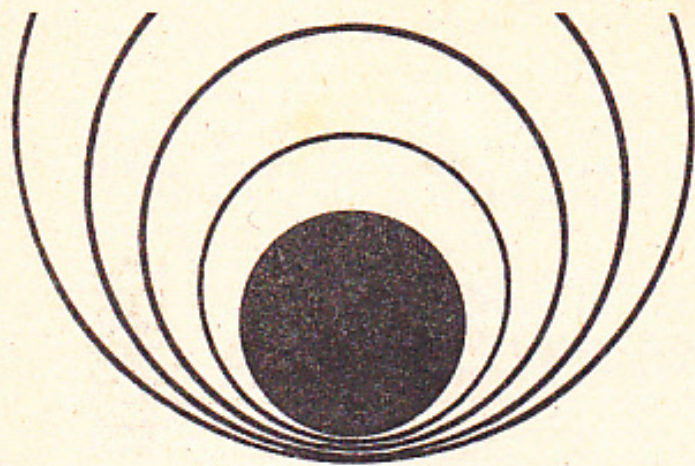


SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

Clark Carrados

EL MUERTO ESTA BIEN MUERTO

9



PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS
EL MUERTO ESTA BIEN MUERTO

Colección PUNTO ROJO n.º 1002
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.749 — Torrente de oro.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.611 — Juegos de tramosos.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.658 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

626 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

997 — La última oportunidad.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 16.150-1981

Impreso en España Primed in Spain

1.a edición: julio, 1981

© Clark Carrados - 1981

texto

© A. Pujolar 1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabiés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona –
1981

CAPITULO PRIMERO

Sentíase desesperado. Ya no sabía qué hacer. Tenía los bolsillos absoluta y literalmente vacíos, sin una moneda siquiera para tomarse una taza de café en alguna parte. No podía volver al hotel de mala muerte en qué se había hospedado, porque el dueño lo echaría a puntapiés apenas le viese asomar por la puerta, quedándose, como era lógico, con su escaso equipaje, del cual, por otra parte, se había despedido ya para siempre.

En aquellos momentos, a Ronnie Kelton sólo le quedaba lo puesto: cazadora, camisa, pantalones y zapatos, más la ropa interior y un pañuelo en uno de los bolsillos.

—Y menos mal que es verano. En cuanto llegue el invierno...

Se estremeció. No tenía trabajo ni perspectivas de conseguirlo. Todas las puertas a las que había llamado, le habían sido cerradas, con mucha cortesía en algunas ocasiones, las menos, con iracundia otras veces y con desprecio y lástima en otras. Kelton se preguntaba qué podía haber hecho para merecer tan pésima suerte.

Y el caso era que se trataba de un hombre bien parecido, joven y bastante listo. Pero, a lo que parecía, tales cualidades, unidas a una honradez a prueba de bombas, no eran suficientes para conseguir un empleo medianamente decente, por medio del cual conseguir un alojamiento y tres comidas al cabo del día.

—Sólo me falta atracar un banco —murmuró, mientras caminaba sin rumbo fijo. Ni siquiera sabía dónde se encontraba, después de un par de horas de vagar al azar, sin fijarse en los lugares donde ponía los pies. Casi no se dio cuenta de que atravesaba un recinto enmarcado por una valla de red metálica, rota en aquel punto por algún accidente, y que se adentraba en una calle que le pareció desconocida.

Bueno, la ciudad era muy grande y no podía conocer todos sus rincones, se dijo, mientras seguía su melancólico paseo, con las manas en los bolsillos. Vio a lo lejos la muestra de una cafetería y se preguntó si necesitarían un camarero. O un lavaplatos, oficio al que estaba dispuesto a recurrir, si le aceptaban.

Porque atracar un banco no era lo suyo. Nunca lo había hecho, ni tampoco iba a empezar ahora...

De repente, se detuvo, con la vista fija en algo que brillaba en el suelo, parcialmente cubierto por un trozo de periódico viejo. Se inclinó, recogió aquella cosa y contempló asombrado el reluciente revólver que le pareció era de calibre 38.

—Atracar un banco —repitió a media voz.

Junto a la cafetería había un banco.

Estaba a cincuenta pasos. Entornó los ojos.

Una mujer llegó en aquel momento, en un lujoso descapotable blanco, y se apeó ágilmente. Kelton calculó que la dama no se había molestado en quitar las llaves de contacto.

El revólver fue a parar a la pretina de los pantalones. Se ajustó la cazadora, a fin de evitar que se viese la culata del arma. Luego, con paso resuelto, echó a andar hacia el banco.

—Sólo unos cientos de dólares, lo justo para capear el temporal durante cuatro o cinco semanas. Si en ese tiempo no he encontrado un trabajo...

Bien, había llegado a ser cabo primero en los «marines» y en dicho cuerpo siempre andaban faltos de personal. Volvería a alistarse y, por lo menos, tendría resuelto el problema de la comida y el alojamiento. No era una solución óptima, pero si no se le arreglaban las cosas, tendría que recurrir a ella.

—Sólo esta vez y unos cientos de dólares —se repitió a si mismo, para darse ánimos.

Lanzó una ojeada al descapotable. Sí, las llaves de contacto estaban puestas. Le serviría para la huida, aunque lo aban donaría muy pronto en cualquier callejón, para evitar ser localizado demasiado pronto por la policía. Luego escaparía a pie y...

Inspiró con fuerza, para darse ánimos, mientras empujaba las puertas encristaladas del banco. Apenas cruzó el umbral, sacó el revólver y gritó:

—¡Alto! ¡Todo el mundo quieto! ¡Esto es un atrae...! No pudo concluir. Alguien le interrumpió con un potente chillido, que apagó incluso su voz. Fue una mujer joven, muy bonita, que surgió a seis o siete pasos del lugar en que se encontraba. En la décima de segundo que duró la visión, Kelton supo subconscientemente que jamás olvidaría la expresión de terror de aquel hermoso rostro, de cuya boca se escapaba una de las más dramáticas palabras que un ser humano puede proferir en un lugar atestado de semejantes.

Porque el banco estaba lleno de clientes, quienes apenas empezaban a volverse tras su amenazadora irrupción, cuando apareció la joven lanzando el grito penetrante que pone pavor en el ánimo humano:

—¡Fuego! ¡FUEGO! ¡FUEGO!

* * *

Una terrible estampida se produjo instantáneamente hacia la

puerta. Ninguno de los clientes del banco reparó en el revólver ni pareció sentir temor del arma empuñada por el atracador novato. Unas treinta o cuarenta personas corrieron enloquecidamente hacia la puerta, atropellando literalmente a Kelton, quien se vio derribado al suelo y pateado ignominiosamente, mientras en sus tímpanos estallaban los alaridos de pánico de aquella pequeña multitud despavorida por el anuncio de un incendio.

Pero las tribulaciones de Kelton no habían acabado todavía. Los espantados clientes llegaron a la puerta de cristales y la hicieron saltar en mil pedazos. De pronto se oyó un crujido aterrador.

La fachada entera del banco se derrumbó con tremendo estrépito. Faltas de sustentación, las paredes empezaron a caer también.

—¡Dios mío! ¡Se está hundiendo! —clamó Kelton, olvidado por el momento del dolor que le habían causado los pies de los fugitivos.

Lleno de terror, gateó hacia lo que había sido la salida, mientras a sus espaldas se escuchaban los ruidos característicos del hundimiento de un edificio. Había perdido el revólver, pero no le importó en absoluto.

Ahora su único interés se centraba en salvar la vida. Justo cuando llegaba a la acera, el techo se hundía con estruendo que le pareció apocalíptico, mientras una terrible polvareda se elevaba a las alturas. Todavía estaba a gatas, cuando divisó en el suelo un pedazo de papel rectangular, que guardó de inmediato en uno de sus bolsillos.

Al fin consiguió ponerse en pie. Había mucha gente en las inmediaciones, pero nadie se fijó en él. Para alivio por su parte, el descapotable blanco estaba aún en el mismo sitio. Montó de un salto, dio el contacto y salió disparado como alma que lleva el diablo.

Dobló la primera esquina casi sobre dos ruedas. Corrió a lo largo de una amplia avenida, giró luego a su izquierda y, de pronto, vio un gran almacén, abierto de par en par. Entró, frenó en seco, saltó y corrió hacia la puerta que se veía en el lado opuesto.

Momentos después, caminaba con paso mesurado, sin hacer caso de los gritos que ya sonaban a quinientos metros. Un poco más adelante, sacó del bolsillo aquel papel rectangular y lo contempló furtivamente.

—¡Un atraco de diez dólares... y además, se ha hundido el banco y ahora debe de estar ardiendo en pompa!

Era para morirse de risa. O de rabia, pensó, tremendamente abatido. Sumido en sus poco agradables pensamientos, no se dio

cuenta de que atravesaba una especie de puesto de control, con una garita encristalada y dos guardias de uniforme. Pero ninguno de los vigilantes le dirigió la menor pregunta ni le hicieron tampoco demasiado caso.

Un poco más adelante, Kelton se encontró en una zona conocida Divisó una parada de autobús, pero decidió que no podía gastar un solo centavo de aquel precioso billete que llevaba en los bolsillos. Había una hora de camino más o menos, pero merecía la pena andar, para llegar así al bar de su amigo Frankie *el Pecas*, en donde podría saciar su apetito y tomarse un par de jarras de cerveza, sin temor a que el dueño del bar le reprochase luego su frescura al encargar una consumición carente de dinero con que pagar su importe.

* * *

Frankie *el Pecas* no tenía una sola en su redondo rostro y nadie sabía de dónde le provenía aquel apodo, pero era hombre comprensivo y, sobre todo, discreto. Lo cual no le impidió reír hasta que la cara se le llenó de lágrimas, cuando Kelton le contó la historia de su frustrado atraco al banco.

—Y el banco se hundió y luego se pegó fuego... —El Pecas tenía la cara congestionada de tanto reír—. Bueno, Ronnie, es que lo cuentas y no se lo cree nadie... Pero, es curioso, no he oído noticias de nada semejante en la radio y ya tendrían que haber dicho algo, ¿no te parece?

Kelton se encogió de hombros, después de deglutir el último bocado de la hamburguesa de cinco pisos que le había servido su amigo. Apuró la segunda jarra de cerveza y se permitió un eructo de satisfacción.

—Quizá están haciendo la información todavía —contestó—. ¿Quieres cobrarte, Frankie? —dijo, a la vez que le entregaba el billete.

Frankie tomó el papel y lo contempló por ambas caras.

—Ronnie, tú estás de broma —gruñó.

—¿Por qué? Es un billete de diez dólares..

—¡Es un billete de guardarropía, animal!

Kelton se quedó helado.

—Hermano, tú te burlas de mí...

—No seas estúpido. ¿Cómo no has sabido verlo? ¿De dónde demonios lo sacaste?

—Pero., estaba en el suelo Alguien lo perdió, yo lo recogí y... y...

Kelton estaba a punto de echarse a llorar, completamente desmoralizado. Un atraco a un banco, que sólo le había producido diez dólares, y además, de guardarropía. Inconcebible, pensó,

mientras él, Frankie, fruncía el entrecejo.

—Ronnie, ¿dónde fue el atraco? —preguntó,

—Bueno, no había estado nunca allí... —Kelton hizo una descripción muy aproximada del lugar en que había estado, iniciando un recorrido mental en sentido inverso desde la taberna de su amigo. Entonces, el Pecas se echó a reír de nuevo.

—Claro —dijo—. Tú no lo sabías, pero el banco era también decoración. Son unos estudios de cine y trabajan sobre todo para la televisión. Así se comprende que el banco se derrumbase con la estampida de los «clientes»...

—Oh, no —gimió Kelton—. Eso no es posible. Sólo podía ocurrirle a un tipo tan desgraciado como yo, el campeón de la mala suerte y el rey de las desgracias.

—Sí, y si no fuera porque tengo cierta noticia para ti, te haría comer este maldito billete de diez dólares, tan inservible como las enaguas de mi bisabuela —dijo Frankie—. Toma —añadió, a la vez que le entregaba un trozo de papel—, ve a esta dirección. Tienen un empleo para ti.

—¿Quién? —preguntó el joven.

—No lo sé, ni me importa. Llamó por teléfono, dijo que había estado en tu hotel y que no te había encontrado, pero que le recomendaron buscarte en mi casa. Yo dije que no estabas, que te avisaría en cuanto te viera asomar esa cara de cemento que tienes y...

—Basta —cortó Kelton, con la vista fija en el papel—. ¿Conoces a este tal míster Hardin?

—No, no lo he visto en mi puñetera vida ni tampoco me importa. Lárgate, acepta el empleo y, en cuanto cobres el primer salario, ven a liquidar tus cuentas conmigo o te arrancaré el pellejo a tiras. ¿Está claro?

Kelton echó a correr hacia la puerta.

—¡Clarísimo! —gritó, ebrio de júbilo por la feliz solución que sus problemas financieros iban a tener después de su entrevista con el misterioso mister Hardin, a quien no conocía, pero al que estaba dispuesto a dar un beso en la frente, si le concedía un empleo.

CAPITULO II

El nombre completo era Rutherford W. Hardin y aparentaba unos cincuenta años, tenía aspecto británico y, además, usaba monóculo. Hardin vestía con sobria elegancia, lo que le confería una gran distinción, y tenía unos modales llenos de cortesía, aunque no invitó a beber al aspirante al empleo que él tenía que ofrecerle.

La entrevista se celebró en la habitación de un hotel discreto y no demasiado lujoso, aunque sí de gran ambiente. Hardin estaba sentado en un butacón, con las piernas cruzadas y tenía un vaso en la mano derecha y un cigarrillo humeante en la izquierda.

—¿Sabe usted conducir toda clase de vehículos, señor Kelton? —preguntó, después de los primeros saludos.

—Sí, señor —contestó el joven.

—¿Incluido un «Rolls-Royce»?

—Puede hacerme una prueba, si lo desea, señor.

—Tengo entendido que tiene también el título de piloto de aviación.

—En efecto, señor. Lo conseguí en el cuerpo de Marines. Piloto de combate.

—¿Por qué se licenció?

—Mi padre murió y mi madre me pidió que me hiciese cargo de la granja. Pero al año se volvió a casar y yo vi que allí estorbaba, y me marché y...

Hardin alzó la mano izquierda.

—No siga, gracias. Señor Kelton, tenga la bondad de pasar a la habitación contigua. Encontrará un uniforme completo de chófer. Vístase y regrese, por favor.

El joven obedeció. Un cuarto de hora más tarde, estaba ataviado con un traje azul oscuro, camisa blanca, corbata negra, gorra y zapatos muy brillantes. Hardin se había puesto en pie y dio una vuelta completa a su alrededor. Kelton soportó el escrutinio estoicamente, en silencio, diciéndose que cualquier cosa valía si le concedían el empleo.

Chófer de un tipo rico, pensó. Poco trabajo, relativamente, buen sueldo...

—Perfecto —sonó la voz de Hardin al cabo—. Señor Kelton, aquí tiene un papel con sus instrucciones, para que empiece a cumplirlas de inmediato. Verá que tiene que dirigirse a la Agencia Grands-Cars, en donde le entregarán un «Rolls Royce», simplemente con mencionar el nombre de Thaddeus Lexington McAlbert. Una vez tenga el coche, diríjase a West Oak Road, Hillbane Mansión, y anuncie al mayordomo que va a recoger al

señor McAlbert. El señor McAlbert le indicará después adónde quiere que le lleve. Eso es todo.

—Sí, señor —contestó Kelton.

—Ah, olvidaba algo importante —Hardin metió la mano en su bolsillo y sacó un puñado de billetes. Separó seis de a cien y se los entregó al joven—. Su primer salario —indicó, con amable sonrisa.

Sólo la buena educación, que nunca le había abandonado, impidió a Kelton dar una voltereta en el aire, para celebrar el suceso. ¡Al fin se le había acabado la mala suerte!

* * *

La mansión era enorme, imponente. Kelton paró el coche delante de la fastuosa entrada, se apeó, subió una docena de escalones y tocó el timbre de la puerta. A los pocos momentos, apareció un mayordomo de espectacular apariencia.

—¿Sí...?

—Soy Kelton, el nuevo chófer del señor McAlbert —se presentó el joven—. Vengo a...

—Los sirvientes, por la puerta de servicio —cortó el mayordomo con glacial acento—. Sírvase dar la vuelta a la casa; la encontrará fácilmente.

Kelton tuvo que dar un salto atrás, para evitar que la puerta principal le diera en las narices. Mascullando imprecaciones en voz baja, descendió los escalones nuevamente y caminó bordeando el edificio, a lo largo de un sendero de gravilla, escasamente iluminado. Hacía ya rato que había caído la noche y Kelton pensó que el dueño de Hillbane Mansión no se distinguía precisamente por su esplendidez en la iluminación de su propiedad.

Tardó muy poco en dar con la puerta de servicio. Cuando iba a llamar, el mismo mayordomo se anticipó y le abrió.

—Entre, siéntese y aguarde —dijo.

—Gracias.

—«Señor», añada esa palabra cada vez que se dirija a mí —indicó el estirado sujeto.

—Sí, señor

Kelton entró en lo que parecía ser una despensa, vacía en aquellos momentos. Vio una silla y se sentó, lamentando no haber tenido tiempo para comprarse un paquete de cigarrillos. Durante un rato, permaneció en aquella postura, jugando con la gorra de uniforme, sin que nadie diera señales de vida.

Le extrañó un poco. En una casa tan grande y lujosa, debía de haber una numerosa servidumbre: doncellas, gobernanta, un par

de cocineras, el jardinero... La cocina debía de estar muy cerca y tendría que oír ruido de cacharros, pero todo permanecía en silencio. Tal vez McAlbert era un tipo excéntrico y se conformaba con un mayordomo que, seguramente, llevaba con él veinticinco o treinta años y que por dicha razón no se había despedido todavía.

Había pasado ya más de un cuarto de hora cuando el mayordomo se hizo visible nuevamente.

—El señor McAlbert le aguarda ya en el coche —dijo—.

Desea que le lleve a su propiedad de Three Mills, en Haynes Grove. ¿Sabe dónde está esta población?

—Sí señor.

—Three Mills está a dos millas al norte, una vez atravesado el pueblo. No puede perderse; hay una tapia, con puerta de reja y las iniciales del señor en hierro, en ambas hojas de la puerta.

—Entendido, señor.

—Ah, otra cosa. El señor McAlbert padece una fuerte afonía y no podrá dirigirle la palabra. No te moleste usted con preguntas estúpidas.

—Desde luego, señor.

—Eso es todo. Ahora, vaya; el señor McAlbert le aguarda ya en el coche.

Kelton se había puesto la gorra y saludó casi militarmente. Salió de la casa, dio la vuelta y llegó al coche. Había un hombre sentado en el asiento posterior, adormilado, al parecer, y con una bufanda o un pañuelo en el cuello y que, en parte, le tapaba la boca.

«Pobre hombre, no parece encontrarse muy bien de salud», pensó.

Tal vez pensaba convalecer en su casa de campo, se dijo, mientras hacía arrancar el coche en dirección a Haynes Grove. Alguien, calculó, le daría allí nuevas instrucciones. Pero seiscientos dólares al mes y, era de suponer, comida y alojamiento, constituían un empleo que le liberaba por el momento de muchas preocupaciones.

* * *

A mitad del trayecto, cuando ya rodaba por un camino secundario, apenas transitado a aquellas horas, creyó sentir un golpe en la parte posterior del coche.

De momento, no hizo nada, pero cuando el golpe se repitió pasados unos segundos, cogió el teléfono interior y le preguntó a McAlbert si deseaba algo.

McAlbert no contestó. Kelton hizo un leve encogimiento de hombros. El golpe se repitió muy pronto y luego se convirtió en

una rápida sucesión de sonidos, que empezaron a preocuparle seriamente.

No era posible un fallo mecánico en un coche de tal categoría, pero algo extraño sucedía y se creyó en el deber de informarlo así a su patrón.

—Dispense, señor —dijo por el teléfono—. Oigo unos ruidos muy raros y quiero investigar de qué se trata.

Le pareció que McAlbert hacía un gesto de asentimiento. Abrió la portezuela, salió y volvió a oír aquellos ruidos, ahora perfectamente localizados en la trasera del coche.

Había una persona encerrada en el maletero, ya no cabía la menor duda. Encontró una linterna en la guantera, corrió hacia la parte posterior del coche y levantó la tapa del portaequipajes.

Alguien saltó al suelo, respirando a pleno pulmón.

—Menos mal que me ha oído, amigo —dijo la mujer.

Kelton estaba boquiabierto. ¿De dónde había salido aquella muchacha que no parecía tener muchos más de veinte años? ¿Qué hacía allí, en el maletero de un «Rolls»?

Ella sonrió, a la vez que movía una mano.

—Aparte la linterna, muchacho —pidió desenvueltamente.

Kelton reaccionó.

—Señora, dígame quién es usted y qué hacía ahí...

—Mi nombre es Mary Shannoe —contestó ella—. En cuanto a los motivos de mi presencia aquí, permítame por ahora callarlos.

—Informaré al señor —dijo Kelton secamente.

—¿McAlbert? —preguntó ella.

—Sí, señora.

—Entonces, está aquí.

—Algo enfermo y con órdenes de que no se le moleste. Lo siento, señora Shannoe, pero voy a tener que dejarla aquí. No puedo llevarla conmigo.

De pronto, Kelton se dio cuenta de que el rostro de la muchacha le resultaba conocido. Una mujer joven, un banco de mentirijillas, un ridículo atraco, una voz de fuego...

—Oiga —dijo—, usted es la que gritó fuego esta mañana, en el banco de pacotilla que hay en los estudios de cine.

—Sí —admitió Mary, sonriendo deliciosamente—. Lo hice yo. ¿Verdad que resultó estupendo?

—Estupendo —resopló Kelton—. Aquella multitud en estampida me atropelló indecorosamente, humillantemente...

De pronto reaccionó.

—Pero mis problemas no le importan ahora —agregó—. Repito que lo siento, pero tengo que informar al señor de que hemos traído un polizón en el portaequipajes.

—¡Eso! —exclamó Mary—. Vamos a decírselo los dos, señor...

¿Cómo te llamas?

—Ronnie Kelton —gruñó él.

—Vamos, Ronnie.

Dieron la vuelta al coche. Mary se adelantó y abrió la puerta.

—¡Eh, Thaddeus! —gritó—. Sal de ahí inmediatamente. Quiero decirte cuatro frescas...

Kelton se sentía horrorizado. «Me despedirán», gimió.

—Eh, Ronnie —exclamó la muchacha—. El pájaro no contesta. ¿Qué le pasa?

—Tiene afonía. No se encuentra muy bien, Mary.

—Afonía, ¿eh? Yo diría que está dormido como un tron...

Súbitamente, Mary lanzó un penetrante chillido, a la vez que saltaba hacia atrás. Con gran lentitud, el cuerpo de McAlbert empezó a caer de lado y, después de dar una vuelta en el aire, quedó en el suelo, boca arriba, con un pie todavía en el estribo del coche y los brazos extendidos.

El pañuelo se había desenvuelto con la caída. Kelton y la joven pudieron ver el negro orificio que había en el centro de la pechera de la camisa de McAlbert y qué indicaba, sin lugar a dudas, que su afonía era definitiva.

* * *

—Es cierto que estaba afónico —amentó Mary más tarde, cuando se hubo rehecho de la impresión sufrida—. Como que ya no dirá una palabra más.

Kelton no acababa de creerse lo que le estaba pasando.

—¡Y yo que pensaba que mis días de infortunio habían pasado ya! —se lamentó—. Hoy he tenido un día terrible; si hubiese celebrado un campeonato de la mala suerte, es seguro que habría subido al *podium* con el número uno. Esto era lo que me faltaba para rematar la jornada: el cadáver de un hombre asesinado —concluyó melancólicamente.

—¿Quién habrá asesinado a este viejo lagarto? —murmuró ella, sin hacer demasiado caso de los lamentos del joven.

—No lo sé, ni me importa. Lo único que me interesa es poner pies en polvorosa... —de repente, Kelton echó mano al bolsillo y encontró, muy aliviado, los billetes que le había entregado Hardin—, Bueno, por lo menos, me queda el dinero —añadió.

Mary le dirigió una mirada inquisitiva.

—Ronnie, ¿de verdad no sabías que llevabas a un muerto en el coche? —preguntó.

—Te lo puedo jurar —respondió él—, Pero tú, ¿qué demonios hacías en el maletero del coche?

—Me parece que sería conveniente una sesión de explicaciones recíprocas —sugirió ella.

—Por mi, no hay inconveniente. Oye, tú gritaste fuego en el banco de decoración, pero, ¿por qué?

—Fue divertido —dijo—. En ese momento, entrabas tú, pistola en mano, diciendo que era un atraco... Bueno, yo lo único que pretendía era estropear un poco la cosa. McAlbert era un tiburón. «Devoró» seiscientos mil dólares de la familia y nunca quiso devolverlos. Convenció a mi padre para que los invirtiese en su negocio, le cedió cierto número de acciones y, un buen día, esas acciones se convirtieron en papel higiénico. Papá no pudo soportar el golpe y murió, de vergüenza y de rabia. Entonces, yo me dije que McAlbert tendría que pagar de una forma u otra lo que nos había hecho.

—Sí, pero, ¿qué tiene que ver eso con la filmación de una película? —se asombró Kelton.

—McAlbert era uno de los principales socios capitalistas de esa compañía. No un productor en el sentido estricto de la palabra, porque nunca daba la cara, pero sí el que manejaba todos los hilos, prudentemente escondido bajo el calificativo de hombre de negocios. Pérdidas para la compañía, pérdidas para el tiburón —explicó ella.

—El decorado se derrumbó...

—Y tendrán que construir uno nuevo y son días que el rodaje está paralizado y eso significa pérdidas monetarias...

—Pero McAlbert está ya muerto y no podrás resarcirte de lo que os quitó.

—Sí —convino ella con un suspiro—, el juego ha terminado para mi.

—Y para él, no me lo negarás, aunque de una forma absoluta —dijo el joven, señalando el cuerpo que aún estaba tendido fuera del coche.

La mano de Mary se crispó repentinamente en el brazo de Kelton.

—¡Viene alguien! —exclamó, alarmada.

CAPITULO III

El resplandor de unos faros de automóvil brilló en la cresta de una loma cercana. Kelton se alarmó.

—¿Qué podemos hacer, Mary? Si ven el cadáver...

—Será mejor que lo dejemos en el coche. Luego nos esconderemos y ya veremos qué pasa —propuso la muchacha—. Vamos, date prisa o sé nos echarán encima.

Kelton hizo de tripas Corazón y se inclinó para levantar el cadáver. Ayudado por la muchacha, volvió a dejarlo en el asiento, tal como lo había visto al salir de Hilbane Mansión. Incluso reunió el valor suficiente para enrollarle el pañuelo alrededor de la garganta, tapándole ligeramente la barbilla.

Luego, Mary tiró de su brazo.

—Aquí —susurró.

El otro coche asomaba ya por la próxima curva, cuando se agazaparon al otro lado de unos matorrales, situados a diez o doce pasos del camino. Ocultas por los ramajes, permanecieron en silencio, contemplando el paso del vehículo, que desfiló raudamente por la izquierda del «Rolls».

Kelton empezó a pensar que el peligro había desaparecido, pero, de repente, oyó el chirrido de unos frenos aplicados a fondo. Luego captó el sonido de un motor que funcionaba en marcha atrás.

El automóvil retrocedió lentamente, hasta emparejarse con el «Rolls». Dos sujetos se apearon y examinaron cuidadosamente el segundo coche.

—Eh, tú, Horace, parece que es McAlbert —dijo uno de los hombres.

—¿El viejo tiburón?

—Sí. Y está dormido como un tronco... Pero, ¿dónde demonios se habrá metido el chófer?

—Imagínatelo, hombre. Estará...

—Cochino —susurró Mary, al oír con toda crudeza la definición que el sujeto hacía de las actividades fisiológicas a que el chófer del «Rolls» debía de dedicarse en aquel momento—, Eso no se dice.

—Pero, en ocasiones, se hace, porque no hay otro remedio —contestó Kelton en el mismo tono.

—Bueno, de todos modos, cuando vuelva, se va a llevar una sorpresa —dijo uno de los desconocidos—. Estábamos buscando a ese buitre y no podíamos soñar con mejor ocasión. Si está dormido, seguirá así hasta el infierno.

Abrió la portezuela con la mano izquierda y, con la derecha, en

la que empuñaba un revólver, disparó cuatro veces seguidas sobre el cadáver. Luego cerró de un portazo y corrió hacia su compañero.

—Ya podemos largarnos —exclamó.

El otro coche arrancó, dio la vuelta un poco más allá y regresó a toda velocidad por el mismo camino seguido hasta allí. Sólo cuando el ruido de su motor se hubo apagado en la noche se atrevieron Kelton y Mary a salir de su escondite.

—¡Cielos! dijo el joven—. Por lo visto, ese McAlbert tenía más enemigos que yo pelos en mi cabeza. ¿Conocías tú a alguno de esos dos tipos, Mary?

—No —repuso la muchacha—. Sin embargo, he oído un nombre poco común y eso pudiera resultar muy interesante.

—Para la policía, supongo, no para nosotros. Al menos, no para mí —dijo Kelton enérgicamente—. Yo no tengo nada que ver con este turbio asunto y me niego a...

Ella sonrió.

—¿No tienes nada que ver? Has ido a buscar un coche alquilado y te han visto en la agencia. Luego fuiste a Hillbane Mansión y te hicieron aguardar un rato, hasta avisarte que McAlbert estaba listo. Cuando el pastel se destape, ¿cuántos crees que declararán tu relación con el caso?

Kelton se espantó.

—Pero yo soy inocente...

—Quizá la policía opine de otro modo. No te acusarán del asesinato, pero sí de complicidad.

—¡Maldita sea! —barbotó el joven, exasperado—. Entonces, ¿hemos de enterrar al muerto y quemar el coche, para borrar todas las pistas?

—No, claro que no, pero si podemos ir a Three Mills y dejar el cadáver en su casa, para que crean que el asesinato se cometió allí. ¿Qué te parece, Ronnie?

Kelton meditó un instante. El plan tenía algunos puntos débiles, pero no encontraba otro mejor.

—De acuerdo —accedió finalmente—. Vamos a Three Mills.

* * *

—De modo que Hardin te contrató para que hicieras de chófer —dijo Mary, después de conocer la historia del joven.

—Sí, aunque no comprendo cómo supo de mi existencia. Yo no había oído hablar de él en mi vida, hasta aquel momento —

respondió Kelton.

—¿No estabas inscrito en alguna oficina de colocación?

—Sí, claro...

—Entonces, ahí tienes la explicación. Hardin buscó a alguien que resultase apropiado, y te eligió a ti. Llamó a tu pensión, allí le darían las señas del bar de Frankie y... ¿Lo entiendes ahora?

—Un poco rebuscado, aunque ya se dice que la realidad supera muchas veces a la ficción.

—Querían cargarte el muerto, simplemente.

—Entonces, ¿por qué no avisaron a la policía, para que me detuvieran en ruta?

—Bueno, tal vez lo único que querían era que sacases el cadáver de la ciudad. Tú eres un perfecto desconocido y quizá con otro al volante, este coche habría llamado la atención de... No sé, no acabo de entenderlo del todo, Ronnie, pero creo que lo mejor es llegar a Three Mills cuanto antes, dejar allí el muerto y largarnos.

—¿Con el «Rolls»?

—Haynes Grove está a dos millas. Podemos ir a pie y alquilar un taxi.

—A estas horas de la noche, lo dudo mucho. ¿Y si hay alguien en Three Mills?

—Ronnie, me estás poniendo nerviosa —se quejó Mary—. Deja las objeciones para el momento de la llegada, por favor.

—Está bien, pero entonces tendremos que resolver los problemas que ahora nos negamos a afrontar.

—De acuerdo, pero también entonces tendremos una base para la solución de esos problemas, ¿no te parece?

Kelton asintió.

—Sí —convino con acento lastimero—. Mary, ¿qué puede hacer un hombre perseguido por la mala suerte para librarse de su infortunio? —preguntó.

—¿Qué hadas antes, Ronnie?

—Era... burócrata. Distinguido, todo hay que decirlo. Tengo la licenciatura en Ciencias Económicas y estaba a punto de conseguir un puesto de ejecutivo en una importante compañía. Pero, de repente, me encontré de patitas en la calle y ahí empezó mi cuesta abajo.

—¿Por qué te echaron?

—La hija del dueño, dicho sea sin inmodestia, estaba loca por mí. A mí no me gustaba en absoluto. Un día ella me preparó una encerrona. El padre nos sorprendió. Ella tenía puestas solamente las bragas. El padre exigió que reparase el honor de su hija.

—Como en los tiempos antiguos —rió Mary.

—Yo me negué y entonces fue cuando el viejo me dio la patada. Y no es una metáfora. Me la dio «realmente».

—Pobrecito —dijo la chica—. Animo, Ronnie, la mala suerte no es algo que dure eternamente. Algún día saldrás del pozo... ¿quién sabe si ya has iniciado la ascensión hacia la boca?

—A mi me parece que estoy en el fondo... a miles de millas de profundidad —se quejó él lúgubrementemente.

Poco después, atravesaron Haynes Grove, pequeña población, que parecía sumida en la quietud de la noche. Cinco minutos más tarde, los faros del «Rolls» alumbraron la verja, en la que aparecían las iniciales del dueño de la residencia.

—Está abierta —exclamó él, sorprendido.

—Tal vez te aguardaba alguien y está dormido, y para evitar que lo despiertes, dejó la verja abierta —opinó Mary.

—Quizá...

Kelton hizo avanzar el coche a lo largo de un amplio camino central, que terminaba a unos cien metros escasos de la entrada. Viró suavemente y se detuvo frente a la casa de campo, de una sola planta y de estilo aparentemente modesto. aunque resultaba obvio que no debía de carecer de lujos de toda clase. Apagó el motor y las luces y saltó fuera, seguido por la muchacha.

—No parece que haya nadie —murmuró.

—Será mejor que llamemos...

—¿Estás loca? —se sobresaltó Kelton—. Lo mejor que podemos hacer es abandonar el coche y largarnos a pie ahora mismo. El muerto está bien muerto y... ¡para ellos, quienesquiera que sean!

—Sí, tienes razón —convino la chica.

Kelton se dispuso a dar media vuelta. En aquel mismo instante, sonó un grito de mujer en alguna parte.

—¡Phil, ya está ahí!

Kelton reaccionó instantáneamente. Agarró la mano de la chica y tiró de ella hasta el otro lado de un alto seto.

—Agáchate —ordenó.

Las luces de la entrada se abrieron de golpe. Dos personas salieron de la casa. El hombre empuñaba una pistola ametralladora.

La mujer volvió a gritar:

—¡Dale, Phil, dale duro a ese viejo canalla!

El hombre corrió hacia el lado derecho del «Rolls» y, situándose frente a la portezuela trasera, abrió el fuego.

Los relámpagos se sucedieron ininterrumpida y estruendosamente hasta que el cargador quedó vacío de cartuchos. Kelton calculó que el hombre había enviado al menos una veintena de balas hacia el cadáver.

Luego, la mujer corrió hacia la parte trasera de la casa y reapareció a los pocos segundos, conduciendo un coche, que se

detuvo un instante para recoger a su compañero. Este tiró la metralleta a lo lejos, al interior del automóvil, y entró a escape en el interior del vehículo, que arrancó de inmediato, perdiéndose en la oscuridad de la noche con gran rapidez.

Volvió el silencio. Kelton y Mary se incorporaron lentamente, mirándose a la cara.

—¿Has visto? —dijo ella.

—Y he oído. Pero, ¿qué manía le ha dado a la gente? ¿Por qué querían matar a McAlbert?

—Algunos no se conformaban con odiarle solamente —contestó ella—. Tenía muchos enemigos y unos cuantos decidieron que donde mejor estaba ese tiburón era en el infierno.

—Pero sólo uno lo mató. ¿Se te ocurre a ti quién pueda ser, Mary?

—Ni idea, Ronnie.

Callaron unos momentos.

—Bien —dijo él, rompiendo el silencio—, ¿qué hacemos ahora?

—No podemos viajar en ese coche, que tiene más agujeros que un colador, pero... ¡Espera! —dijo ella de pronto, a la vez que echaba a correr hacia la trasera de la casa.

Momentos después, aparecía conduciendo un «Volkswagen». Abrió la portezuela derecha y sonrió:

—En estas casas, siempre suele haber un coche para la servidumbre —dijo.

—Tienes experiencia, ¿eh? —rezongó Kelton.

—Un poco —contestó ella—. ¡Toooooodos... a boooooordo! —clamó alegremente.

El coche arrancó instantes después. Mary sacó la mano por la ventanilla y la agitó unas cuantas veces.

—¡Hasta nunca, McAlbert! —dijo.

—Estoy de acuerdo contigo, pero, por favor, ¿podrías decirme adónde vamos?

Ella le dirigió una rápida mirada.

—Dijiste antes que no tenías un techo donde cobijarte, Ronnie.

—Y es verdad.

—¿Aceptas hospitalidad en mi apartamento?

—Si no es demasiada molestia para ti...

—Al contrario, será un placer.

CAPITULO IV

Despertó muy tarde, debido a que se habían acostado casi al alba. Fue al baño y la ducha le sentó muy bien, porque su sueño había sido muy agitado, con pesadillas casi continuas, en las que veía a McAlberty recibiendo miles de balazos de miles de personas que le odiaban. Uno de los sueños resultó particularmente desagradable, porque él era McAlberty y había dos tipos con ametralladoras que se turnaban para acribillarle a tiros. Cuando, al fin, llegó a la cocina, Mary, fresca como una rosa, le recibió con una alegre sonrisa y una taza de café hirviendo, que le entonó considerablemente.

—Parece que no has dormido muy bien —comentó ella.

—Horrible, ha sido una noche horrible —admitió Kelton—. Constantemente estaba viendo a McAlberty, recibiendo balazos...

—En cambio, yo he dormido como un tronco. Será porque ya no tengo problemas.

—Ah, tenías problemas.

—Sí, el de buscar un medio de gastar una jugarreta a ese difunto tiburón. Pero puesto que ha muerto, ya no tengo interés en seguir la guerra.

—Mary, ¿te das cuenta de que quizá podían estar buscándonos a nosotros?

—En todo caso, a ti —respondió ella—. Pero no te preocupes; si te acusan de algo, diré que has estado todo el tiempo conmigo.

—Gracias. ¿Se lo creerán?

—¿Por qué no?

Kelton señaló la ropa de uniforme que aún llevaba puesta.

—Fui así a la agencia de alquiler de coches. El empleado me identificará...

—Aguarda un momento —rogó la chica.

Fue al interior del apartamento y volvió a poco con un traje de color claro.

—Pertenecía a mi padre y tenía una figura muy parecida a la tuya. Si no te importa vestir con las ropas de un hombre que murió hace algunos meses...

—En absoluto. Todavía te sientes apenada, ¿verdad?

Mary suspiró.

—Era el mejor hombre del mundo —contestó—. Pero no se puede vivir siempre de recuerdos. Es preciso mirar hacia adelante y... Ronnie, ¿qué piensas hacer ahora?

—No lo sé. Me siento desconcertado. Todo esto es absolutamente nuevo para mí. Aunque si he de serte sincero, me gustaría saber quién mató realmente a McAlberty.

—Podríamos empezar por Hillbane Mansión, ¿no te parece? Ahí

fue donde recogiste el cadáver... y donde yo me escondí en el maletero.

—Es cierto. Ahora que lo recuerdo, ¿por qué lo hiciste?

—Bueno, quería hacerle otra mala pasada a McAlbert. Si iba, como creía, a alguna reunión de negocios... le quemaría el «Rolls». Pero cuando vi que el coche tardaba en detenerse... Oh, hubo un momento en que pensé que iba a morir asfixiada.

—Menuda sorpresa me diste —sonrió él—. Un polizón en el maletero y un cadáver en el asiento posterior. Nadie se lo creería, si se lo contase.

—Sí, resulta pintoresco —convino Mary—, Bueno, cámbiate y nos iremos a ver qué hay en Hillbane Mansión.

—De acuerdo, aunque antes hablaremos con un viejo conocido, que fue quien recibió el mensaje de Hardin. Quiero conseguir más detalles, ¿comprendes?

—Conforme, Ronnie.

* * *

Frankie *el Pecas* miró a la pareja con un solo ojo, expresión que solía adoptar cuando recelaba de alguien, Kelton trepó a un taburete y sonrió alegremente.

—Cambia de cara, búho —dijo—. Te presento a Mary Shannoe, una buena amiga mía. Mary, éste es Frankie, *el Pecas*, un tipo de lo más astuto que hay bajo la capa del cielo.

—Hola, Frankie —saludó la muchacha.

—Hola, Mary —dijo el dueño del bar—. Ronnie, ¿costea ella tus gastos?

—Le he puesto un palacio con puertas de oro, adornadas con diamantes. El yate tiene todos los metales de oro y una tripulación de veinte hermosas damas. Los dos aviones que le he regalado son de plata pura. Tiene doce «Rolls», veinte «Mercedes», treinta y dos «Porsche» y... Bueno, no sé qué más regalarle, porque Ronnie es muy modesto y se conforma con poca cosa —dijo la muchacha burlonamente.

—La dama tiene fantasía, seguramente adquirida en las horas de práctica en los colchones y con los marineros —respondió Frankie no menos cáusticamente—. ¿A cómo la hora de amor, preciosa?

—Para ti, gratis, siempre que lo desees. Pero hazte un seguro contra enfermedades venéreas...

—Basta —cortó Kelton, horrorizado—. ¿Qué lenguaje es éste, pareja de desvergonzados? Mary, deberías tener un poco más de decoro. Si tu padre viviese, te daría una buena zurra en... en... bueno, ahí donde te sientas ahora mismo.

—No te enfades, Ronnie, todo era una broma —se disculpó ella—. Pero creo que tenías que hacerle algunas preguntas a tu vitriólico amigo.

—Antes de nada —dijo Frankie—. Ronnie, me debes dinero.

—Es un hombre lleno de romanticismo, Mary —sonrió Kelton, a la vez que sacaba un billete—. Toma, cobra y dame la vuelta, saco de avaricia.

Frankie cogió el billete, vio la cifra y silbó.

—Cien «pavos», no está mal —comentó.

De pronto, levantó el billete con ambas manos y lo contempló primero al trasluz y luego por ambas caras. Al cabo de unos momentos, lo arrojó despectivamente sobre el mostrador.

—Es falso —calificó.

Kelton se sublevó.

—¡Frankie, no me hagas perder la paciencia! Ese billete es...

—Falso —repitió impertérrito el dueño del bar—. Lo sé muy bien. Tengo un amigo que es agente del departamento del Tesoro. Hay una importante falsificación de billetes de cien dólares y me enseñó uno y me dijo cómo debía distinguir los buenos de los falsos. También me dijo que le avisara apenas me diesen algún billete falso y que le dijese quién me lo había entregado. Voy a llamarle, Ronnie, y no intentes escapar, porque armaré un escándalo de los gordos, vendrán las patrullas y será peor.

Kelton tenía la boca abierta.

—Es... Mary, ¿no te digo que soy el hombre de la mala suerte eterna e inmutable? Todo lo que hago me sale mal, catastróficamente estaría mejor dicho. Dime, ¿qué puedo hacer para que cambie mi fortuna?

Mary no le contestó. Kelton se volvió y, asombrado, vio que la muchacha se había esfumado.

En el primer momento, sintió rabia, por saberse abandonado en un serio compromiso. Luego pensó que sabía dónde encontrarla y se reanimó un tanto.

Frankie volvió de telefonear.

—Mi amigo el policía viene en seguida —anunció—. Eh, ¿dónde está la chica?

—¿Qué chica, Frankie? —dijo el joven con toda naturalidad.

—Hombre, la que venía conmigo...

—Tú estás bebido. Yo he venido solo aquí y nadie me acompañaba. Deberías visitar a un psiquiatra, Pecas.

Frankie le miró de nuevo con un solo ojo.

—Está bien, se lo diré a mi amigo el policía...

—Y será tu palabra contra la mía. He venido solo, nadie me acompañaba y... —Kelton movió la mano, para señalar el bar,

vado en aquellos instantes—. No tienes a nadie que pueda atestiguar la presencia de ninguna mujer a mi lado —agregó.

Los dientes de Frankie crujieron.

—De acuerdo, Ronnie, no mencionaré el nombre de Mary Shannoe —convino.

—Jamás he oído ese nombre —respondió él, muy serio.

—¡Pero sigues teniendo una cuenta pendiente conmigo y tendrás que pagarla de un modo u otro! —vociferó el Pecas.

—¿Tienes platas sucios por lavar?

—Oh, vete al diablo...

—Estoy con él, porque se apoderó de mí el día en que cierta damisela me tendió una encerrona —contestó Kelton con triste acento—. Y el diablo es el que me da la mala suerte que no me deja un solo instante —concluyó con el acento lleno de amargura.

* * *

El agente del Tesoro resultó ser un hombre cortés y afable, que se llevó a Kelton a su oficina, en donde le sometió a un largo aunque no fatigoso interrogatorio, dejándolo finalmente en libertad.

—Pero si vuelve a ver a Hardin, avísame de inmediato —recomendó, al finalizar la entrevista.

—No podré —contestó Kelton.

—¿Por qué no? Basta un telefonazo...

—Es que no tengo siquiera una moneda para usar un teléfono público.

El policía sonrió discretamente. Sacó dos billetes de diez dólares y se los entregó a Kelton.

—Puedo garantizarle que son legítimos —dijo—. No me dé las gracias; incluiré ese dinero en la cuenta de gastos. Pero, recuerde: debe avisarme si sabe algo nuevo sobre el asunto.

—Sí, señor.

Kelton se encaminó hacia la puerta. De pronto, se volvió hacia el policía.

—Señor Armstrong...

—¿Sí, señor Kelton?

—Tengo entendido que los falsificadores de billetes de banco reproducen corrientemente los de menor denominación, es decir, los que pasan más fácilmente. La gente no usa mucho los de cien dólares, que son normalmente examinados con más atención.

—Es cierto —convino Armstrong—, Pero resulta que esos billetes fueron fabricados para la «exportación». No tenían por qué

circular en el país, aunque supongo que debió de producirse alguna «fuga» y por dicha razón le entregaron a usted seis de dichos billetes.

—Comprendo. Adiós.

—Suerte, señor Kelton.

El joven lanzó una agria risotada.

—Por favor, no mencione esa palabra —se despidió finalmente.

En la calle, meditó acerca de lo que debía hacer. ¿Iría al apartamento de Mary? Quizá resultaba todavía un poco pronto. A la noche, sin duda, ella ya estaría de vuelta en casita y...

De repente, se le ocurrió una idea. Y. pensó, lo mejor era ponerla en práctica inmediatamente.

* * *

La mansión aparecía cerrada y era seguro que no contestaría nadie si llamaba a la puerta. Ahora ya sabía que le habían hecho ir a Hillbane Mansión no para llevar a McAlbert a su residencia campestre, sino para deshacerse del cadáver. Pero quizá podría encontrar alguna pista en el interior del edificio.

A fin de cuentas, no le hacía ninguna gracia que hubiesen querido cargarle con el muerto. McAlbert debía de tener muchos enemigos, cuando nada menos que otros dos hombres habían disparado contra él, ignorando que ya estaba muerto.

¿Tenía todo ello algo que ver con la falsificación de los billetes de banco?

¿O eran ajustes de cuentas debidos a los turbios negocios a que se había dedicado el muerto?

Parecía un razonamiento lógico, sí se pensaba en los cientos de miles que había estafado al padre de Mary. Aunque...

—¿Me dijo la verdad entonces? —dudó, mientras avanzaba hacia la puerta de servicio.

Tanteó el pomo. No estaba cerrada con llave, lo que le permitió entrar sin mayores inconvenientes.

Cruzó la despensa y entró en la cocina, que halló limpia, pero desierta. El enorme frigorífico estaba abierto y vado por completo. Había señales de que hacía tiempo no se habitaba la casa.

Estaba claro. El asesinato de McAlbert había sido planeado fría y deliberadamente. De algún modo, había sido llevado hasta Hillbane Mansión, en donde le habían pegado el tiro mortal.

—Hardin sabía lo que iba a ocurrir al contratarme —murmuró,

cuando ya llegaba al amplio vestíbulo.

Para llegar al primer piso, era necesario utilizar la escalera que arrancaba del vestíbulo y se dividía en dos ramales a media altura, de modo que permitía alcanzar el amplio corredor que circundaba todo el ámbito y que era sustentado por bellas columnas con capiteles de estilo jónico. Las puertas de las distintas habitaciones eran visibles desde la planta baja.

—¿Por dónde empezar? —murmuró.

Frente a él, divisó una puerta de labrados paneles de roble. Cruzó el amplio espacio, abrió y se encontró en una estancia totalmente a oscuras, debido a que tenía corridas las cortinas que cubrían los amplios ventanales.

Buscó el interruptor y encendió la luz. La estancia era un salón-biblioteca lujosamente decorado y con gran cantidad de libros de todas clases en las estanterías. De repente, y antes de que pudiera iniciar un examen de la estancia, oyó pasos precipitados en el vestíbulo.

Inmediatamente, apagó la luz. En aquel instante se abrió la puerta y alguien entró en la sala, cerrando a continuación. El intruso chocó contra Kelton, pero éste le tapó la boca con una mano, mientras usaba la otra para sujetarle firmemente.

—Volvemos a encontrarnos, Mary Shannoe —dijo el joven con jovial acento.

CAPITULO V

La chica forcejeó. Kelton era bastante fuerte y resistió sin dificultad.

—Dejaré tu boca libre, si me prometes no gritar —murmuró a su oído.

Ella hizo un leve movimiento de cabeza. Kelton apartó la mano.

—La otra también —pidió Mary secamente.

Sólo entonces Kelton se dio cuenta del lugar en que tenía la mano izquierda.

Apretó suavemente un par de veces.

—Está muy bien. Redondo, duro, no demasiado voluminoso, plenamente femenino, sin relleno de goma-espuma...

—O quitas la mano o grito —dijo Mary.

—Está bien. Pero, antes dime, ¿por qué...?

—Calla la boca, tonto. Hay intrusos en la casa.

—¿Ah, sí? Nosotros, ¿qué somos?

—Lo mismo, pero sin armas.

—¡Cielos! —se espantó Kelton.

—Silencio —rogó Mary de súbito.

Muy despacio, abrió un poco la puerta permitiendo que quedase una rendija suficiente para proporcionarles un amplio campo de visión. Casi en el mismo instante, sonaron voces coléricas en el primer piso.

Dos hombres discutían violentamente, aunque no pudieron entender qué decían. De pronto, sonaron pasos precipitados.

Alguien lanzó un grito estridente:

—¡No corras, Rex! ¡He dicho que no corras! ¿Es que no quieres oírme?

—¡Vete al infierno! —contestó el otro de mal talante.

Kelton y la muchacha lo veían ya en una de las ramas de la escalera, saltando los peldaños de dos en dos, portador de un maletín de cuero negro, inesperadamente, sonaron dos estampidos.

El fugitivo acometía ya el tramo central de la escalera, cuando le alcanzaron las balas. Dio una tremenda voltereta en el aire y terminó el descenso rodando como un pelele. En la caída, perdió el portafolios, que se abrió de repente, con seco chasquido, lanzando al aire numerosos papeles de forma alargada y color verdoso.

Luego sobrevino un espacio de silencio. El herido se agitó un poco, pero no tardó en quedarse quieto.

Alguien se asomó a la escalera.

—Ese está ya listo —dijo una mujer.

—Sí, pero escapaba con la «pasta»...

—No seas tonto, Phil. Son los billetes falsos. Anda, larguémonos de aquí antes de que sea demasiado tarde.

Sonaron pasos que se alejaban hacia otro lugar de la casa. Una vez más, volvió el silencio.

* * *

Pasaron unos minutos, antes de que ninguno de los dos se atreviese a abandonar su escondite. Mary fue la primera en decidirse a salir al vestíbulo.

—A éste lo hemos visto morir —se estremeció.

—¿Lo conocías? —preguntó él.

—No, nunca le había visto en mi vida.

Mary se arrodilló y cogió uno de los billetes.

—Cien dólares falsos —añadió.

Kelton se apoderó de otro billete y lo examinó con atención. De repente, sintió un escalofrío.

—Mary, ¿cuánto dinero calculas que puede haber aquí? —preguntó.

—No sé... Pongamos doscientos mil... Hay bastantes paquetes, aunque en uno de ellos se ha roto la faja... Si, eso es —agregó ella instantes más tarde—. Diecinueve fajos enteros y uno esparcido. Doscientos mil, Ronnie. Pero dinero falso, claro.

—Bueno, pues estás equivocada. Es dinero legítimo.

Ella se volvió y le miró con ojos atónitos.

—No digas tonterías —exclamó, irritada.

Kelton agitó el billete que tenía en la mano.

—El inspector Armstrong, del Tesoro, me enseñó esta tarde la diferencia que existe entre un billete bueno y otro falso. Y éste que tienes ante tus preciosos ojos es legítimo.

Mary agarró un fajo distinto y sacó un billete.

—Examínalo —indicó.

—Legítimo —dictaminó Kelton, pasados unos segundos.

—Perfecto, Ronnie.

Mary se inclinó y empezó a recoger el dinero esparcido al pie de la escalera, vuelta de espaldas al joven. La chica usaba pantalones muy ajustados y Kelton contuvo a duras penas la tentación que sentía de arrear un buen cachete en aquel trasero de tan apetitosos contornos.

Pero reaccionó muy pronto.

—¿Qué estás haciendo, Mary?

—¿No lo ves? Recojo el dinero, para llevármelo a casita.
—No te pertenece —objetó él.
—¡Y un cuerno! Mi padre perdió seiscientos mil «pavos». Todo esto tiene relación con la muerte de McAlbert... y éste fue quien nos birló nuestro capital. Por tanto, lo que estoy haciendo es pura justicia.
—Si lo miras así...
—¿De qué otra forma quieres que lo mire? Vamos, ayúdame, no te quedes ahí parado, como un pasmarote. Si vienen otros bastardos, esto puede convertirse en una fiesta de cien mil diablos coronados.
—Mary, ¿sabes que eres una chica bastante mal hablada?
—le reprochó Kelton—. ¿Es que no sabes ser comedida con tu lenguaje?
—Lo siento. Desbarro cuando me pongo nerviosa... Pero eso es porque en los últimos tiempos no lo he pasado muy bien, Ronnie.
—Tampoco yo y no por eso suelto palabrotas a cada momento.
—Bueno, bueno, dejemos la discusión. ¿Me ayudas o no?
—¿Y después?
—Permitiré que vengas a mi apartamento.
—Pero me dejaste plantado cuando estaba con Frankie.
—Tu amigo mencionó la policía. Yo no tenía ganas de complicarme la vida, eso es todo.
Kelton hizo un gesto con la cabeza y se inclinó para terminar de recoger los billetes dispersos por el suelo. Al terminar, echó un vistazo al muerto.
—Le llamaron Rex... ¿qué más? —murmuró.
—Eso no importa ya. Vamos —le apremió ella.
—Yo no tengo coche, Mary.
—Yo sí, Ronnie.

* * *

Preparó el café, lo llevó a la mesa y llenó dos tazas. Luego se sentó frente al joven, con la cara apoyada en las manos y los codos sobre la mesa.

—¿Y bien, Ronnie? ¿Qué piensas de todo esto? —inquirió.
Kelton demoró su respuesta, mientras removía el azúcar de su taza.
—Ya no me cabe duda de que McAlbert, de algún modo, estaba metido en negocios que no tenían relación alguna con el cine, aunque éste fuese su tapadera legal. ¿Sabes cuántos billetes de

cien se han fabricado ilegalmente?

—No. Dímelo, por favor.

—Unos cien mil, según cálculos del departamento del Tesoro, me confesó Armstrong. Lo que supone diez millones de dólares.

—Una bonita cantidad, Ronnie.

—Sí alguien puede ganar enormes sumas, si consiguen sacarlos del país

—¿Por qué?

—Es dinero destinado a la «exportación», es decir, para que circule en otros países donde no se preste tanta atención a los billetes como en Estados Unidos. Aquí no se maneja mucho el billete de cien dólares: fuera tampoco, claro, pero el dólar sigue teniendo un gran poder de atracción y cualquiera que vea un billete de cien dólares, querrá conseguirlo en seguida y al precio que sea.

—Entiendo. Los harán circular por...

—Por todo el mundo Probablemente, con una ganancia neta del ochenta por ciento.

—Ocho millones limpios.

—Exacto.

—Y no han salido aún del país.

—Por lo menos, en cantidades apreciables, Mary.

Ella pareció concentrarse en sus pensamientos.

—Ronnie, se me ocurre una idea —murmuró.

—¡Horror! —se estremeció él—. ¿Dónde está la salida de emergencia?

—No seas estúpido. Es una buena idea. Consiste en buscar el dinero falso y comunicarlo al inspector Armstrong. En estos casos, el departamento del Tesoro suele conceder una buena recompensa.

—¿Y para qué la quieres tú, si ya tienes doscientos mil dólares en tu poder?

—Ronnie, no todo ese dinero es mío. Gran parte pertenece a unos amigos de mi padre, que confiaron en él. Tengo que devolverles la mayor parte que pueda conseguir —respondió Mary.

—Salvo en el lenguaje, tu padre te educó bien —sonrió Kelton—. Bueno, pero, en todo caso, ¿por dónde empezamos?

—Podríamos dar mañana los primeros pasos. Yo iría a ver a un conocido de papá, que era también amigo de McAlbert. Es un hombre que sabe muchas cosas y su ayuda podría resultarnos sumamente útil.

—Si era amigo de McAlbert, no será hombre de confianza, Mary.

—Para mí lo es, Ronnie,

Kelton se encogió de hombros.

—Bueno, yo iré a buscar a Hardin —manifestó.
—¿Hardin?
—Sí. Recuerda, me dio seis billetes de cien y todos eran falsos.
—¡Pero se habrá marchado ya...!
—Encanto, ¿por qué no me das un par de billetes de los buenos, para que yo pueda repartir alguna propina y así soltar las lenguas reacias?
—De acuerdo, Ronnie —sonrió ella—. ¿No crees que tu suerte está empezando a cambiar? —preguntó.
Kelton soltó un bufido.
—Pasará mucho tiempo antes de que note alguna mejoría en mi existencia —contestó.

* * *

El recepcionista del hotel meneó la cabeza.
—Lo siento, el señor Hardin ya no se hospeda en nuestro hotel —dijo, como respuesta a la pregunta que le había formulado Kelton. El joven no se inmutó. Esperaba algo semejante, no había confiado en encontrar a Hardin en aquel lugar. Después de lo ocurrido, pensaba que era lógica la desaparición del hombre que le había lanzado a una serie de compromisos inimaginables.
—Se marchó fuera de la ciudad —dijo.
—Pues...

El empleado le miraba de un modo especial. Kelton tardó algunos segundos en comprender el significado de aquella mirada.

—Está bien —sonrió, a la vez que sacaba un par de billetes de diez dólares. Puesto que el dinero no era suyo, no le importaba derrocharlo—. ¿Dónde puedo encontrar al señor Hardin?

La actitud displicente del recepcionista cambió de inmediato.

—No faltaría más, señor —contestó con gran amabilidad—. El señor Hardin no se marchó de la ciudad. Al menos, no declaró sus intenciones a ese respecto. Si el señor desea saber dónde vive el señor Hardin, le informaré con mucho gusto que podrá encontrarle en el número ocho mil doscientos once de Long Road Seaview.

—Muchas gracias —dijo Kelton. Y ya iba a marcharse, cuando recordó algo—. Dígame, ¿cuánto tiempo hace que dejó el hotel el señor Hardin?

—Se marchó ayer, pero sólo ha sido esta mañana cuando hemos recibido una llamada suya, solicitando que le enviemos la factura, y que dispongamos de su habitación.

—Perfectamente. Adiós.

Kelton salió a la calle. Conocía Long Road Seaview, la gran avenida que bordeaba el océano, la zona preferida de la gente de dinero para elevar sus residencias. No, ciertamente no era Hardin un cualquiera... aunque quizá aparentaba ser más de lo que era en realidad, cosa que se podía conseguir, alquilando una casa en Long Road Seaview. Bueno, le diría cuatro cositas acerca del empleo que le había dado días antes.

—También pudo enviarme de conductor a una funeraria —gruñó, recordando las dos horas largas que había conducido un «Rolls», llevando como pasajero un cadáver.

—Y un polizón en el maletero —añadió a media voz.

Divisó un taxi y alzó una mano. Treinta minutos más tarde, el vehículo se detenía ante el 8.211 de la mejor avenida de la ciudad.

A la izquierda, estaba la playa y el océano. A su derecha, y ninguna sin el correspondiente jardín, las lujosas residencias donde vivía la gente de dinero. Larguísimas hileras de árboles, entre los que abundaban las palmeras, flanqueaban los dos lados de la avenida, convirtiéndola así en un lugar privilegiado. Kelton pensó que si un día tenía dinero, también viviría allí. Pero solo eran ilusiones, que sabía no se realizaban jamás.

El jardín no tenía valla y estaba ligeramente inclinado a causa del desnivel del terreno. Caminó por un ancho sendero de fina gravilla y llegó ante un edificio de dos plantas, de estilo ultramoderno. La parte posterior sí tenía una tapia que protegía la residencia de los intrusos.

Llamó a la puerta. A los pocos minutos abrió una mujer.

—¿Diga? —murmuró con voz melodiosa.

Kelton se quedó parado. Era toda una belleza, con sus treinta años apenas cumplidos, el frondoso cabello como hilos de oro y una silueta rebosante de encantos físicos, escasamente cubiertos con un dos piezas de color blanco y una especie de salto de cama o de bala de baño casi transparente.

—¿No tiene nada que decirme? —sonrió la mujer.

Kelton reaccionó.

—Discúlpeme, señora. No pensé que... He venido buscando al señor Hardin...

—Yo soy la señora Hardin —declaró ella—. ¿Puedo serle útil en algo, señor...?

—Desearía hablar con su esposo, señora. Ah, me llamo Kelton.

—¡Kelton! —exclamó la mujer—. Ahora le recuerdo... Mi marido le ha mencionado en numerosas ocasiones... —se echó a un lado—. ¿No quiere pasar, señor Kelton?

El joven vaciló.

—Por favor —insistió la señora Hardin.

—Muy bien, aunque si su esposo no está en casa...

Ella hizo aletear sus espesas pestañas.

—Usted me cuenta sus problemas, yo se los cuento a mi marido y luego todo se resuelve —dijo con hechicera sonrisa—, ¿Quiere algo de beber?

De repente. Kelton se dio cuenta de que tenía la garganta seca.

—Sí, señora, dos dedos, con algo de hielo, por favor —rogó.

—Eso está hecho —exclamó alegremente la señora Hardin—.

¿Cuál es su nombre, amigo mío?

—Ronald, pero todos me llaman Ronnie, señora.

—A mi «todos» —dijo ella, recalcando mucho la palabra—, me llaman Greta.

Cuando recibió el vaso, Kelton percibió sobre sí una ardiente mirada de aquella hermosa mujer. «¿En qué parará todo esto?», se preguntó, sin poder evitarlo.

CAPITULO VI

Greta Hardin se sentó en un diván, con un impresionante despliegue de sus fascinantes extremidades inferiores, y dio un par de palmaditas sobre el lujoso cuero del tapizado.

—Síntese a mi lado, Ronnie —invitó—. Y cuénteme sus problemas. Tengo mucha influencia con mi esposo, ¿sabe?

Un extraño ruido sonó de pronto al fondo de la casa. Kelton miró en aquella dirección.

—No se preocupe —dijo Greta—, Es una puerta mal cerrada. Continúe, Ronnie; estaba diciéndome...

—Aún no le había dicho nada, señora. Pero me gustaría saber dónde está su esposo.

—Ah —suspiró la opulenta rubia—. A mí también me gustaría...

El ruido de la puerta se repitió de nuevo. De pronto, Kelton creyó notar cierto nerviosismo en su interlocutora.

Pero no tuvo tiempo de hacer el menor comentario. Súbitamente, un hombre irrumpió en la estancia.

—¡Tenemos que largarnos, tú! —gritó.

La rubia se puso en pie.

—¿Qué pasa. Spencer? —exclamó.

—No hagas preguntas... Eh, ¿quién es este tipo? —quiso saber el desconocido.

—Se llama Kelton y vino a ver a...

—Bueno, no importa ya. ¿Vienes o te quedas? La cosa está que arde, Betty.

—Oiga —intervino el joven—, pero, ¿no dijo antes que se llamaba Greta?

La rubia le dirigió una mirada de desprecio, pero no contestó. Corrió hacia una mesa vecina, se puso rápidamente un vestido estampado sobre las dos piezas de su indumentaria, no sin antes haber tirado a un lado la bata transparente, y echó a correr hacia la puerta. Junto a la entrada había un bolso y lo agarró al paso.

Kelton se sentía completamente desconcertado. Sin saber qué hacer, fue hacia la ventana y vio a la pareja que corría hacia un coche parado junto a la acera. Ella iba algo rezagada con respecto al hombre, quien ya se hallaba junto a la portezuela del vehículo.

Inesperadamente, apareció otro hombre, que corría a lo largo de la acera. Al llegar junto a Spencer, sacó una pistola y le disparó un tiro a la cabeza.

Spencer se derrumbó como un saco. La rubia se detuvo un instante, pero continuó su carrera. Llegó al coche, se metió en su interior, arrancó y salió a toda velocidad, censo si la persiguiesen cien mil diablos.

Kelton se quedó con la boca abierta. Todo había sucedido tan rápidamente, que habría pensado que se trataba de un sueño, de no ser por el cuerpo tendido en el suelo y de cuya cabeza se escapaba un rojo hilo de sangre, que corría siniestramente brillante hacia la calzada.

Además, sucedía otra cosa no menos macabra: nadie parecía haberse dado cuenta del asesinato. No se veía a un alma ni ninguna persona daba señales de vida. Kelton empezó a pensar en la conveniencia de alejarse de allí con la mayor discreción.

Ahora ya no le cabía duda de que la rubia había tomado el puesto de la señora Hardin. Le había recibido con tan sugestivo atavío, para, seguramente, conseguir información.

—¿Qué clase de información? —se preguntó.

La cosa parecía clara. Había en alguna parte muchos miles de billetes de cien dólares falsos, pero que, a pesar de todo, representaban una enorme suma de dinero para el que pudiera conseguirlos y luego ponerlos a la venta.

—Aunque los venda solamente por la décima parte de su valor facial, recaudará un millón...

De nuevo se repitieron los golpes, ahora más rápidos, casi como un redoble de tambor. No era ninguna puerta mal cerrada, se dijo.

Aunque sí cabía que una persona estuviese cerrada en alguna parte. Armándose de valor, procuró localizar el origen de los ruidos. No tardó mucho en hallar una puerta, que tenía la llave puesta. Abrió y divisó a una mujer sentada en el fondo de un armario ropero, atada y amordazada.

Ella le dirigió una mirada suplicante. Kelton se arrodilló a su lado.

—No tema —sonrió.

Lo primero que hizo fue quitarle la mordaza. Ella respiró ampliamente y luego dijo:

—¡Gracias a Dios! Y a usted también, muchacho. Soy la señora Hardin. ¿Puedo saber qué hacía usted en mi casa?

—Busco a su marido, señora —respondió Kelton, muy ocupado en cortar las ligaduras.

—Pierde el tiempo, joven. Hace mucho tiempo que mi esposo y yo no dormimos bajo el mismo techo.

* * *

Kelton preparó algo de beber y se lo entregó a Greta Hardin.

Era una mujer de unos cuarenta años, todavía muy agradable de ver y con un aspecto enteramente distinto de la rubia que había tomado su puesto.

—Así que no sabe dónde está su esposo —dijo, repuesto de la sorpresa.

—Ni lo sé, ni me importa. Estamos en el proceso de divorcio y espero me lo concedan muy pronto. El mayor error de mi vida fue haberme casado con un sujeto que no sabe más que decir mentiras —respondió Greta.

—Si alguna vez le dijo que es usted muy guapa, no le mintió —dijo Kelton sonriendo.

—No trate de halagarme, joven —repuso ella con aspereza—. Si es amigo de mi esposo...

—Le juro que soy todo lo contrario. Apuesto algo a que usted se cansó de sus trapacerías, ¿no es así?

—Cierto. Siempre andaba con negocios extraños y que nunca me parecieron medianamente decentes. Se reunía con una serie de tipos a cuál más raro y, a veces, tenía los bolsillos rebosantes de billetes. Pero si no trabajaba, ¿de dónde sacaba el dinero?

—Es decir, usted sospecha que estaba mezclado con elementos del hampa.

—Seguro. Aparte de eso, me cansé de entregarle dinero para sus fantásticos negocios. No niego que le rindiesen beneficios en alguna ocasión, pero, si hacemos un balance global, las pérdidas fueron superiores.

—Comprendo —dijo Kelton—. Y ahora, por favor, señora Hardin, ¿puede decirme qué le sucedió con la rubia que había tomado su puesto?

—Bueno, llamaron a la puerta y fui a abrir, pero no vi a nadie. Cuando iba a cerrar, alguien empujó con fuerza y me derribó al suelo, arrojándose sobre mi e impidiéndome lanzar un grito. En menos de un minuto, me vi atada y amordazada. Luego me llevaron al ropero...

—¿Estaba ya la rubia en casa?

—Sí, claro. Ella entró inmediatamente después que el otro. Luego, yo empecé a patear la puerta, aunque me costó un rato, porque estaba en mala situación y no podía moverme bien. Agradezco infinito lo que ha hecho por mi, joven, pero... ¿por qué busca a mi marido? ¿Acaso es policía?

—No, señora —contestó Kelton, con los dientes muy prietos—. Pero el buen señor Hardin me metió en un lío muy gordo y quiero salir de él. Oiga, ¿no sabe usted dónde puedo encontrarlo?

Greta meditó unos segundos.

—Si no es en casa de su amigo Farnclough... Casi residía allí

permanentemente, ¿sabe?

—Estupendo. Déme la dirección, por favor.

—Farnclough vive en los Apartamentos Grands Palms, aunque no sé exactamente cuál es el suyo.

—Ya me lo dirán allí, gracias —sonrió Kelton.

Y, en aquel instante, se oyó el aullido de una sirena policial.

—¿Por qué viene la policía? —se extrañó Greta—. Este es un barrio muy tranquilo...

—Señora, al hombre que la atacó, le han volado los sesos de un tiro.

Greta se quedó estupefacta. Kelton movió la cabeza.

—Está afuera. Si se asoma a la ventana, lo verá. Aunque creo que no nos conviene dar a entender que sabemos lo que ha pasado. Nos acribillarían a preguntas y...

—Tiene usted razón —convino ella—. Vamos a la parte posterior de la casa. Diré que estuve conversando con usted y que no nos enteramos de nada. ¿Le parece bien?

La parte posterior era una gran terraza, muy bien cuidada, con una agradable piscina. Había también mesas de jardín, con un par de sombrillas de vivos colores. Kelton no pudo por menos de reconocer que era la mejor solución para esquivar las indiscretas preguntas de los policías.

Más tarde, fue a los Apartamentos Grand Palms, en donde le informaron que el señor Farnclough estaba de viaje y que no se conocía la fecha de su regreso. En cuanto a Hardin, hacía ya un par de semanas que no había sido visto y se desconocía su actual paradero.

Un canto decepcionado, Kelton decidió regresar a casa de Mary, su alojamiento temporal. ¿Por cuánto tiempo?, se preguntó, perplejo y desalentado.

* * *

Mary le recibió envuelta en una bata de felpa y frotándose los cabellos con una toalla.

—Acabo de ducharme —declaró— Si tienes un poco de paciencia, haré café...

—No tengo prisa —contestó él, derrumbándose en un diván.

—Pareces muy cansado —observó Mary—. ¿No has conseguido nada?

—Según se mire. He vuelto a presenciar otro asesinato. Ella detuvo los movimientos de sus manos.

—¿Hardin?

—No. Alguien le llamó Spencer, pero desconozco el apellido.

—¡Spencer Hustler, seguro! —exclamó Mary.

Kelton se irguió.

—¿Lo conoces?

—No, pero el amigo de mi padre citó ese nombre, además de otros muchos. Por ejemplo, el hombre a quien vimos asesinar en Hillbane Mansión era Rex Farnclough.

—¡Farnclough! —repitió el joven—. Con razón no saben cuándo volverá a su casa. ¿Qué más te dijo ese hombre?

—Aparentemente, McAlbert era el que lo organizaba todo, pero hay alguien que trabaja en la sombra. El asunto está en los billetes falsos.

—Sí, ya me lo imagino, pero, ¿qué pasa con esos papeles inservibles?

—Parece ser que se organizó una banda para el negocio. Después, hubo fricciones, disensiones, disputas sobre el reparto de los beneficios... y la cosa acabó en una especie de pelea de todos contra todos.

—Es decir, cada uno quiere quedarse con el botín.

—Con lo que les proporcionará un suculento botín —corrigió ella.

—Bueno, lo mismo da. Aunque vendan los cien dólares falsos a diez, tendrían un beneficio de un millón, que no está nada mal, me parece.

—Desde luego, sólo que hay un inconveniente para conseguir ese millón auténtico —dijo Mary.

—Los agentes del gobierno.

—No, aunque tampoco debemos dejar de tenerlos en cuenta. El inconveniente estriba en que nadie sabe dónde están los cien mil billetes.

Kelton silbó.

—Comprendo —dijo—. Oye, esos papeles falsos deben de ocupar un espacio impresionante. A cien billetes por fajo, son mil fajos, y eso no se esconde precisamente en el cajón de un escritorio.

—Tienes razón —admitió Mary—, Si los encontrásemos nosotros... —suspiró.

—A ti, ¿qué te importa? Tu ya tienes doscientos mil en buenos billetes de banco.

—Repito que darán una recompensa y ya te dije que ese dinero no es todo mío. A decir verdad, me pertenece apenas una vigésima parte.

—¿Sólo diez mil?

—Sí, Ronnie.

Kelton encendió un cigarrillo.

—A mi entender, el *quid* de la cuestión está en McAlbert.

—En un difunto.

—Sí, un muerto bien muerto.

—Es lo mismo que opina el amigo de mi padre. McAlbert escondió los billetes falsos, porque no quiso repartir el pastel con sus socios y éstos decidieron eliminarle.

—Hardin fue uno de ellos, seguramente, el primero, ayudado por un mayordomo tan falso como los billetes. Luego aparecieron dos tipos, uno de ellos llamado Horace, que fue el que le pegó cuatro tiros. Más tarde, un tal Phil, con una mujer, le vació en el cuerpo todo un cargador de metralleta...

—Phil Tannis. Ella no puede ser otra que Sheila Arval, su fulana.

—Tu amigo está bien informado —comentó Kelton—, ¿Tal vez es policía?

—No, detective privado.

—Ah. ya. Bueno, el caso es que todos buscan los billetes falsos y todos disparan comía todos. ¿Cuál es nuestro papel en el asunto?

—Encontrar esos billetes antes que nadie —declaró Mary enérgicamente. Tiró la toalla a un lado, dio media vuelta y echó a andar hacia su dormitorio—. Voy a cambiarme de ropa y en seguida haré el café —agregó.

Caminaba con paso ligero y elástico, muy vivo. De pronto, pasó junto a una mesa y la bata se le enganchó en una esquina. Se oyó ruido de ropa que se rasgaba, y antes de que pudiera darse cuenta, se encontró completamente desnuda.

Lanzó un agudo chillido. Kelton se echó a reír.

—¡No mires, sinvergüenza! —exclamó la muchacha, roja como una guinda, mientras procuraba cubrirse lo mejor posible con los restos de fa bata.

—Mujer, es un espectáculo tan agradable...

Ella le sacó la lengua.

—No se hicieron las margaritas para los puercos —contestó mientras retrocedía, caminando de espaldas, hasta desaparecer en el dormitorio.

Kelton meneó la cabeza. Luego se levantó, para buscar una copa, con la que levantar un poco su decaído ánimo.

CAPITULO VII

—De modo que la rubia se llamaba Betty —dijo Mary después de la cena.

—Al menos, ese nombre es el que le dio el sujeto que estaba con ella.

—Se llamaba Thorey Conn. Lo dijo la radio mientras hacía la cena —murmuró la joven, jugueteando con un cigarrillo apagado y el encendedor.

Kelton se sirvió una taza de café.

—Del asesino no se sabe nada. Sin embargo, a mí me pareció reconocerle.

—¿De veras?

—Todo fue muy rápido y él surgió del otro lado del tronco de una enorme palmera. Pero juraría que es Horace.

—El apellido es Stillton —dijo Mary pensativamente.

—¿También te lo ha dicho el detective?

Ella asintió silenciosamente. Luego, hizo chasquear el encendedor y aplicó la llama al cigarrillo.

—Volveré a hablar con el amigo de mi padre —dijo al cabo—. Ronnie, ¿qué aspecto tenía la rubia?

—Oh, era hermosa, opulenta, pero también de expresión dulce... salvo, ahora que lo pienso, los ojos. Erar, duros como el pedernal. Tendría unos treinta años.

—Treinta y cinco, por lo menos. Entiendes muy poco de maquillaje femenino —dijo ella burlonamente.

—Eso es algo que jamás me ha preocupado. Bueno, pongamos treinta y cinco años. No tiene ninguna importancia, creo yo.

—Si hay que mirar en algún fichero, sí. Ronnie.

—¿Crees que está fichada por la policía?

—El noventa y nueve por ciento de los tipos que intervienen o han intervenido en este asunto, tienen su bonita ficha policial. Incluido, sorpréndete, el dignísimo señor McAlbert, ahora difunto, para alegría de unos y desesperación de otros.

—O sea, un asunto de gángsters.

—Así se podría llamar, en efecto.

Kelton se acarició la mandíbula.

—Yo me pregunto qué hacían la rubia y Spencer Hustler en casa de Hardin. ¿Por qué tuvo que tomar ella el puesto de la señora Hardin? —dijo, pensativamente.

—Quizá esperaban a alguien —apuntó Mary—, A ti, por ejemplo.

—No, no puede ser. Ellos no sabían que yo iría a visitar aquella casa.

—Entonces, aguardaban a otro y pensaban engañarle. Hustler no se hizo visible hasta que dijo que era preciso largarse a toda prisa, ¿no es así? —En efecto. Hustler no podía pasar por Hardin, pero

ella sí, porque, seguramente, el visitante esperado, no la conocía. Ahora bien, el enigma es: ¿quién era el visitante?

—No tengo la menor idea, ni quiero seguir rompiéndome los cascos, al menos por hoy. Mañana será otro día.

—¿Qué harás? ¿Buscar a la rubia?

—A Hardin, mejor. En él. opino, está la clave de todo el asunto. Tú, supongo, volverás a visitar al amigo de tu padre.

—Desde luego, Ronnie.

—Bien, no se hable más, no quiero seguir devanándome los sesos. Necesito un buen lavado de cabeza —Kelton consultó su reloj—. Enciende la televisión, por favor.

—Eh, para lavarte la cabeza, tienes que ir al baño —protestó ella.

—Perdón, me equivoqué. Quise decir lavarme el cerebro. Dentro de dos minutos proyectan una buena película del Oeste.

Mary sonrió, a la vez que manejaba el aparato de control a distancia.

—¿Más tiros todavía. Ronnie?

—Estos son de mentirijillas, preciosa —suspiró él, mientras, estirándose voluptuosamente en el diván, alargaba los pies para ponerlos encima de la mesita baja.

La pantalla se encendió. Aparecieron las primeras imágenes. en blanco y negro, ya que se trataba de una película bastante vieja, acompañadas de una melodía famosa en todo el mundo.

La música era la de *Solo ante el peligro*, y a Kelton le pareció que era la más apropiada para las circunstancias

* * *

Aunque se hospedaba en casa de Mary, lógicamente dormía en la habitación de huéspedes. Casi de repente, le llegó la solución al día siguiente, todavía en la cama.

De pronto, acababa de recordar que tenía un conocido que podía ayudarle. Consultó su reloj y vio que todavía no eran las siete de las mañana. Se levantó, fue al baño y después del aseo matutino, se encaminó a la cocina y puso la cafetera al fuego.

Mary no se había levantado aún cuando llenaba su primera laza de café. Había en una de las paredes un rollito de papel destinado a la anotación de compras que era preciso hacer y escribió una nota, que dejó en lugar visible. Hecho esto, se lanzó a la calle.

Una hora más tarde, se encontraba en casa de un hombre que le recibió en bata, despeinado y con los ojos cargados de sueño.

—Hombre. Ronnie, éstas no son horas de despertar a la gente

—se lamentó Brandon Goodtyne, reputado agente artístico—. Aunque si necesitas dinero, puedo echarte una mano...

—No necesito dinero por ahora, Brandie —contestó el joven, dando a su amigo el tratamiento humorístico que todos le aplicaban—. Sólo deseo saber si tienes en tu fichero a una damisela, con la que me interesa sostener una entrevista.

Goodtyne le miró con un solo ojo.

—Esto no es una oficina de contratación de parejas —di jo heladamente.

—Mi interés por la rubia no es precisamente acerca de sus encantos físicos. Vamos, abre el fichero de una vez.

—Está bien, vamos a mi despacho...

Goodtyne dio media vuelta, abrió una puerta y, tras el primer paso, se quedó paralizado.

—¡Rayos!

—¿Ha pasado un tornado? —exclamó Kelton, quien contemplaba la escena por encima del hombro de su amigo.

La estupefacción de los dos hombres resultaba completamente lógica. La habitación donde Goodtyne tenía su despacho y sus ficheros aparecía como devastada por un huracán. Papeles de todas clases, cartas, fotografías de hombres y mujeres en cantidades incalculables, aparecían desparramadas por el suelo, sin orden ni concierto. Incluso la mesa de trabajo había sido registrada a conciencia, según parecía.

—Han revuelto un poco, ¿eh? —dijo el joven.

—Maldita sea... — Goodtyne hacia visibles esfuerzos por recobrar la calma—. No entiendo cómo ha podido pasar esto...

—Lo que sí parece cierto es que tienes el sueño muy pesado. Porque han tenido que hacer un ruido enorme y tú no te has enterado siquiera, Brandie.

—No, lo habría oído. Esto tuvo que pasar durante mi ausencia. Anoche asistí a una fiesta. Tengo que hacerlo, es mi profesión. La fiesta terminó pasadas las cuatro de la mañana. Yo me vine directamente a la cama; no tenía por qué entrar en mi despacho.

—Comprendo. Y si no hubiera venido yo...

—Habría estado durmiendo hasta mediodía. Me hubiese enterado más tarde, aunque eso importa ya poco. Bien, cuando venga mi secretaria tendrá un poco de trabajo. También estuvo en la fiesta y no madrugará. De todos modos, sí el ladrón buscaba dinero, perdió el tiempo. No lo tengo aquí, como puedes imaginarte.

—Brandie, el ladrón no buscaba dinero.

Goodytyne se volvió hacia su amigo.

—¿Qué buscaba. Ronnie?

—Tal vez datos acerca de una rubia opulenta, alta, de unos treinta años, muy guapa y de expresión dulce, aunque los ojos parecen de mármol. ¿La representas tú?

—La tuve en mi «cuadra», pero la despedí.

—¿Por qué?

—Había tomado mi negocio como oficina de contratación y no precisamente para interpretar películas. En una semana, recibí más de cincuenta llamadas de otros tantos tipos, que querían contratarla para... Oh, diablos, yo me doy cuenta de lo que son las flaquezas de la carne y no tengo nada de mojigato, pero lo que no me gusta es que me tomen por una celestina con pantalones. Por eso la di de baja en mi agencia.

—¿Conservabas fotografías y documentos de esa dama?

—Sí, claro.

—Entonces, se han llevado todo, no le des más vueltas, Brandie.

—¿Cómo rayos lo sabes...?

—Primero, dime el nombre de la dama en cuestión. Añade la dirección, si la recuerdas, claro, y luego te daré mi respuesta.

—El nombre es Betty Row. Es el auténtico, de modo que le aconsejé que no se lo cambiara. En cuanto a su domicilio, el último que dio fue el de la Pensión para Damas Solitarias de Madame Oxford. Eso es todo, Ronnie.

Kelton sonrió.

—En esa pensión, ¿se admiten visitas de hombres?

—No, es un lugar muy serio. Madame Oxford no toleraría la más mínima transgresión de su reglamento, basado en la moral y en las buenas costumbres. Claro que tampoco puede evitar que sus pupilas, fuera de la pensión...

—Sí, no sigas. Bueno, Brandie, lo que te falta aquí es todo lo relativo a la señorita Row —Kelton palmeó los hombros de su amigo—. Lamento lo sucedido —se despidió.

Goodytyne estuvo unos momentos inmóvil. Luego, mientras se volvía, dijo: —Pero, ¿para qué diablos querían la documentación de Betty...?

Se calló. Kelton estaba ya camino de la calle.

Cuando salió del edificio, encendió un cigarrillo. Betty Row no estaría ya en la pensión de Madame Oxford. Pero no tenía otro remedio que ir allí y tratar de averiguar su paradero...

De pronto, vio que le hacían señas desde un coche parado junto a la acera. Era una mujer y no la conocía.

Intrigado, se acercó al vehículo. Ella vestía un severo traje gris,

con vivos blancos, y sus ojos quedaban ocultos por unas grandes gafas de color. El pelo era muy negro, frondoso, recogido en un moño en la nuca. Su edad resultaba indefinible, aunque Kelton calculó que no podía rebasar los cuarenta años.

—Suba, Ronnie —invitó ella—. Tenemos que hablar.

El joven dudó unos segundos, Pero ella abrió la portezuela y le dirigió una amistosa sonrisa.

—No tema, no devoro a los hombres, aunque algunos opinen lo contrario.

Kelton se sentó junto a la mujer. Aquella voz...

De súbito, la reconoció.

—¡Betty Row! —exclamó.

—Sí —confirmó ella tranquilamente.

CAPITULO VIII

El coche arrancó con suavidad. Betty dijo:

—He tenido que disfrazarme. Mi vida está en peligro.

—¿Por qué no acude a la policía?

—Me meterían en la cárcel...

—Pero allí estaría segura.

—No lo crea. Alguna de las reclusas me «pincharía» el día menos pensado. Prefiero los riesgos de la calle

—Son demasiados, si se piensa en la forma que murió Thorey Conn.

—Lo hizo Horace Stillton. Es un matón profesional Muy hábil, muy rápido y, sobre todo, escurridizo.

—¿Por qué, Betty?

—Está claro. No quieren competidores.

—¿En qué? —preguntó Kelton, simulando ingenuidad.

—No se haga el tonto, demasiado lo sabe. Estoy hablando de los billetes falsos de cien dólares.

—Se imprimieron cien mil billetes. Hardin me dio seis. Quizá hayan distribuido algunos más...

—La cifra exacta de billetes impresos, dejando aparte los de pruebas, es de cien mil treinta. Los cien mil, exactos, en mil paquetes de a cien, están en alguna parte. Eso es lo que buscan algunos.

—Y usted y Conn.

—Podría ser un buen negocio, Ronnie.

—Ya no lo es, desde el momento en que hay tiros. ¿Insiste en buscarlos?

—Tengo un posible comprador. Me pagarían cien mil, auténticos.

—Betty, un consejo. Retírese del asunto. Su vida peligra.

—Lo sé. ¿Por qué cree que me he disfrazado? —contestó ella amargamente—, Pero esto podría sacarme de la miseria para siempre. Me iría muy lejos de aquí, donde no me conociese nadie; me establecería en alguna parte...

—Es un panorama muy hermoso, pero no podrá hacerlo si no se marcha de la ciudad cuanto antes. Recuerde, a Conn lo mataron delante de sus narices. Horace está dispuesto a hacer lo mismo con usted.

—No me encontrará, Ronnie.

—¿Cómo puede asegurarlo?

—Usted visitó a Brandie para que le diese mi dirección. Ya no vivo en la pensión de Madame Oxford. Tampoco dije adónde me iba.

—Alguien entró en casa de Brandie y registró su despacho. Seguramente, se llevó todo lo referente a usted. Horace la busca, no le quepa la menor duda.

Betty pareció sentirse muy impresionada y durante unos momentos, permaneció callada. Al fin, cuando habló, lo hizo en tono lleno de rabia:

—McAlbert nos engañó a todos. Fuimos como títeres en sus manos, bailando al son que él nos tocaba... y luego, cuando todo estuvo listo, nos dejó en la estacada. Si lo encontrase, le...

—McAlbert está muerto —dijo Kelton suavemente.

Betty soltó un explosivo taco.

—Me alegro —exclamó—. Ese asqueroso individuo... ¿Quién lo hizo?

—Por lo menos, Hardin lo ordenó. No sé quién ejecutó esa orden, aunque sospecho que el mayordomo de Hillbane Mansión tuvo mucho que ver con el asunto. ¿Sabe quién es Phil? —preguntó el joven de repente.

—Sí, está casado con una tal Sheila. Vaya una pareja de buitres...

—A Phil le gusta mucho utilizar las pistolas ametralladoras.

—No me extraña. Es un sádico. Acabará mal.

De repente, Betty hizo girar el coche a la izquierda.

—¿Adónde vamos? —preguntó Kelton.

—A mi casa —respondió Betty—, Quiero enseñarle algo que le interesará.

—¿Se refiere al escondite de los billetes falsos?

—En cierto modo, si, aunque, repito, no sé dónde están. McAlbert si lo sabía, como puede imaginarse.

—Betty, ¿quién va a darle cien mil dólares por esos billetes? Ella sonrió astutamente.

—Como puede comprender, no voy a decírselo —contestó.

—Le pagarán un dólar por billete.

—Ese dólar será auténtico —aseguró ella.

Minutos más tarde, se paraban ante una casa de aspecto antiguo. Betty se apeó ágilmente y entró en el edificio, con paso muy vivo, seguida por el joven. El ascensor les llevó al octavo piso. Ella abrió la puerta y, apenas hubo cruzado el umbral, se quitó la peluca y la tiró a un lado con gesto de fastidio. Las gafas de color siguieron el mismo camino.

—¡Uf, estaba harta del disfraz! —exclamó, sonriendo, mientras tiraba de la falda del vestido con ambas manos. La sacó por encima de la cabeza y quedó solamente con el sostén y las bragas. Miró sonriendo al joven, le guiñó un ojo y agregó—: Espere un momento, voy a preparar bebidas.

—Muy bien.

Kelton encendió un cigarrillo. Se acercó a la ventana y contempló la calle distraídamente. Betty estaba en el dormitorio de aquel modesto apartamento. De pronto, la llamó.

—¡Voy al baño un momento!

—Está bien —contestó ella.

Kelton regresó instantes después. Betty se hallaba junto a una consola, vestida con una bata corta, ocupada con una botella y varios vasos. Inesperadamente, Kelton apreció cierto movimiento en las cortinas que había junto a una de las ventanas de la sala.

Una mano asomó lentamente entre los cortinajes y la pistola que empuñaba apuntó directamente al cráneo de la joven.

* * *

Durante una fracción de segundo, Kelton se quedó paralizado por el horror. Sin embargo, un impulso irresistible le hizo reaccionar con relampagueante velocidad. Cuando llegaba a la mano armada, se dijo que la cortina había impedido en parte que el asesino pudiese disparar con comodidad; por ello se había retrasado su acción.

El canto de su mano golpeó la muñeca del sujeto quien, sorprendido, abandonó su escondite por unos instantes. Kelton disparó su puño derecho.

Era la primera vez que hacía una cosa semejante, pero el golpe produjo unos efectos sorprendentes.

La ventana estaba abierta. El asesino saltó por el hueco y se precipitó a la calle, gritando horriblemente.

Betty, sobresaltada, se volvió.

—¡Ronnie! ¿Qué pasa?

Kelton le enseñó la pistola caída en el suelo.

—Estaba aquí, escondido tras las cortinas. Quería matarte...

Betty se tambaleó, repentinamente pálida.

—¡Oh, no...! —miró a la ventana y cerró los ojos—. Son ocho pisos.

Kelton volvió a reaccionar.

—La policía vendrá muy pronto —dijo, mientras bajaba el bastidor de la ventana.

—Tenemos que escapar... —exclamó Betty, a la vez que echaba a correr hacia la puerta.

—¡No seas tonta! —Kelton la alcanzó por una mano y tiró de ella—. Hay una solución mucho mejor —dijo, a la vez que la

arrastraba hacia el dormitorio—. Si ahora salieses corriendo por la calle, te harías sospechosa inmediatamente. Vamos, desnúdate. Ella le miró con la boca abierta. De pronto, comprendió y se quitó la bata. Kelton estaba ya despojándose de sus ropas.

Momentos después, estaban juntos en la cama, completamente desnudos. Betty temblaba como hoja seca.

—No... no comprendo... ¿Quién era, Ronnie?

—Me pareció Horace, pero no estoy seguro... ¡Oh, rayos, olvidé algo...!

Kelton se levantó, corrió a la sala y regresó con la pistola, que guardó bajo el colchón. Luego volvió a meterse en la cama.

—Ronnie, ¿cómo pudo entrar en la casa? —murmuró ella.

—No lo sé. Tal vez nos aguardaba ya... o bien pasó desde el apartamento contigo... Si era Horace, ya ha pagado sus crímenes.

Guardaron silencio unos momentos. Luego, de pronto, Betty se arrojó al joven.

—Ronnie...

—¿Sí, encanto?

—Te he mentado.

—¡Hum! ¿Qué...?

—No sé dónde está el dinero, pero pensé que tú...

—De modo que todo fue un ardid para traerme a tu casa,

—Sí.

—¿Por qué?

Betty soltó una risita.

—Podríamos continuar lo que Conn interrumpió en casa de la señora Hardin —sugirió.

—Os equivocasteis. Ella no sabe nada de los asuntos de su esposo.

—Pero nosotros creíamos...

—Betty, ¿dónde está Hardin?

—No lo sé, Ronnie —de pronto, ella le abrazó fuertemente—. Oh, tengo tanto miedo... Horace no está solo...

—¿Trabajaba, es un decir, para Hardin?

—Sí.

—Lástima no haber podido interrogarle. Pero dime una cosa: tú que estás más enterada que yo del asunto, ¿no tienes idea de dónde pueden estar los billetes?

—Si lo supiera, ya no estaría aquí, Ronnie —contestó Betty, tristemente.

Buscó la boca del joven. Kelton cerró los ojos.

Acababa de matar a un hombre, pero, extrañamente, no lo sentía. Estaba seguro de que Horace quería liquidar primero a Betty. Luego habría disparado contra él. «Y sin el menor

remordimiento», pensó.

Betty era una hermosa mujer y su cuerpo tenía numerosos atractivos. La pasión los envolvió con ondas de fuego y durante unos minutos se olvidaron de todos sus problemas.

Cuando terminó el arrebato, se quedaron relajados. Casi en el mismo instante, sonaron unos fuertes golpes en la puerta.

—La policía —dijo él.

Betty se levantó y buscó la bata

—No hemos visto ni oído nada —sonrió.

Kelton juntó el índice y el pulgar en círculo.

—Exacto —contestó.

* * *

—Parece que has tenido un día muy movido —comentó Mary al atardecer, cuando le vio regresar a su apartamento.

—No puedo quejarme —respondió Kelton—. ¿Qué hay de cena?

—Rabos de diablo fritos —contestó ella de mal talante—. ¿Te has dado cuenta de la peste que traes?

—¿Peste?

—Sí, perfume de golfa barata. ¿Con quién te has acostado?

Kelton trató de conservar la calma.

—¿Te importa mucho?

—Mi olfato se siente herido. Por lo demás, no, no me importa.

—Está bien, me ducharé. ¿Has oído las noticias?

—Horace Stillton se ha caído por una ventana. La policía sospecha que se trata de un homicidio, pero no sabe quién ha podido defenestrarlo.

Kelton se sirvió una copa.

—Fui yo —dijo.

Mary se volvió vivamente.

—¡Ronnie! ¿Estás loco?

—Encontré a la falsa señora Hardin. Ella me llevó a su casa. Dijo que tenía algo importante que comunicarme. En realidad, quería sonsacarme. También busca los billetes falsos.

—¿Y...?

—Horace estaba ya allí. Le vi cuando iba a disparar contra Betty Row, verdadero nombre de la falsa señora Hardin y asociada de Thorey Conn. Logré desarmarle, le di un golpe y salió disparado a través de la ventana. Eso es todo, Mary.

—¿No os interrogó la policía?

—Claro que sí, pero dijimos que no habíamos visto ni oído nada

—contestó Kelton.

—Y os creyeron, claro —exclamó ella sardónicamente.

—Nos encontraron en la cama.

—¡Vaya! —resopló la chica—. ¿Conque era cierto?

—Resultó la mejor salida. ¿Cómo podían sospechar de una pareja que estaba tan agradablemente entretenida en los juegos del amor?

—Es cierto. Pero, dime, los juegos amorosos, ¿fueron auténticos o solamente simulados?

Kelton apuró la copa y se encaminó hacia el baño.

—Resuelve tú misma el dilema —contestó—. Cuando salga, ya no te sentirás herida por el perfume que llevo encima. Ah, y ten preparada una cena abundante y sustanciosa.

—Miserable... —Mary se calló, porque Kelton había cerrado ya la puerta del baño. Dudó un instante, pero acabó por encogerse de hombros—, ¿Que me importa a mí lo que pueda hacer en... sus horas libres?

Sin embargo, se sentía resentida y tardó bastante en tranquilizarse.

CAPITULO IX

—He estado hablando con Norman Drenner —dijo Mary, después de la cena.

—¿Quién es Drenner? —preguntó Kelton.

—El amigo de mi padre.

—Ah, el detective.

—Sí, el mismo. Me ha dicho algo interesante.

—¿Por ejemplo...?

—Sé dónde, quizá, podemos encontrar a Hardin.

—Interesante. ¿Qué más?

—Para Drenner, el dinero falso está en Three Mills.

—¿Seguro?

Mary hizo un gesto casi ambiguo.

—Hombre, siempre queda un margen de error... Pero las posibilidades son de un noventa y cinco por ciento a favor.

—Estoy viendo que mañana vamos a tener que volver a Three Mills —sonrió él.

—Si no tienes otros compromisos —contestó ella punzantemente.

—No tengo ningún compromiso, bonita.

—Además, es probable que encontremos también al asesino de McAlbert.

—¡Fantástico! —calificó Kelton—. Oye, ese amigo de tu padre es un buen detective.

—Lo es, no lo dudes.

—En tal caso, tenemos que alegrarnos. ¿Sabes cómo se llama el mayordomo?

—Laird, Neil Laird.

—Es de suponer que también forma parte de la banda.

—Lógico. Laird es el brazo derecho de Hardin.

—Y, por tanto, el que mató a McAlbert.

—Eso parece, Ronnie.

—Pero ahora tanto Hardin como Laird han desaparecido y nadie sabe dónde están.

—Así es —confirmó la muchacha

Kelton se rascó la mejilla con el pulgar.

—De todos modos, antes de ir a Three Mills, me agradecería echar un nuevo vistazo a Hillbane Mansión —dijo.

—No te molestes. Alquilan la casa sólo por unos días.

—¿Cómo? —respingó el joven—, ¡Pero era de McAlbert!

—Eso es lo que tú creías. Y yo también, lo admito. Hillbane Mansión fue el lugar al que McAlbert acudió, para una cita en donde tenía que resolver el problema de sacar del país los billetes falsos. Lo que ignoraba era que se encaminaba al encuentro de

una bala.

—Ah, ya comprendo. Y yo, incauto de mí, fui el encargado de sacarlo de allí, sin que nadie sospechase nada.

—Así sucedió. En cambio, la residencia de Three Mills sí pertenecía legalmente a McAlbert. Y allí, estoy segura, es donde guardaron los billetes falsos.

Kelton suspiró.

—¿A qué hora emprendemos la marcha, encanto?

Mary se puso en pie.

—No tengas prisa. Podemos salir después del desayuno —respondió. Movi6 la mano—. Ahí tienes la televisión para que te distraigas. Yo me voy a dormir.

—Sí, por eso mismo se dice que La televisión es un gran enemigo de la demografía, aún más que la píldora «anti-baby» —contestó él irónicamente.

Ella le dirigió una hosca mirada desde la puerta del dormitorio.

—¿Es que aún no tienes bastante? —contestó con acritud.

Kelton hizo una mueca. Mary cerró de un portazo.

Sonó una risita burlona. Kelton agarró el mando de control remoto y encendió el televisor, cómodamente repantigado en el diván.

—Bueno, vamos a ver si ahora dan una buena película de gángsters y policías —murmuró.

* * *

—Se me ha ocurrido una idea —dijo de pronto, cuando ya estaban en el coche, camino de Three Milis.

—No la digas o tendré que tirarme al camino —respondió la muchacha.

—Mary, si no te descargas del mal humor, acabarás mal

—¿Cómo quieres que no tenga mal humor si...? —ella apretó los labios—. Bien, conforme. Habla de una vez, Ronnie.

—La idea consiste en apartamos de la carretera a media milla de la casa, esconder el coche y dar luego un gran rodeo, para llegar por la parte posterior.

—¿Tú crees?

—Imagínate que hay alguien en la casa. Nos verá llegar y tendrá tiempo para hacer una de estas dos cosas: escapar... o emprenderla a tiros con nosotros.

—Es cierto —admitió ella—, Ronnie, si hay alguien escondido, ¿cuál de las dos actitudes tomará?

—Los tiros —respondió él sin vacilar.

Mary suspiró.

—Y no llevamos armas —se lamentó.

—Hombre, no somos «marines» al asalto de una posición enemiga

—dijo Kelton— Tenemos que usar más la cabeza que la fuerza.

—Eso sí es razonable. Bien, ¿cuál es te otra parte de la idea. Ronnie?

—Bueno, llegaremos a la casa, y si hay alguien, procuraremos sorprenderle. Sobre todo, si se trata de Tannis.

—¿El ametrallador?

—Sí, el mismo.

—Muy bien. Supongamos que tenemos éxito. ¿Qué harás con él o los prisioneros?

—Encenderé fuego.

—Y les harás café —rió ella burlonamente,

—No, les quemaré los pies para que hablen —contestó Kelton, muy serio.

Mary se volvió, sobresaltada.

—¿Serías capaz...?

Kelton se reía por dentro.

—Muy capaz —aseguró.

—Eso no me gustaría —se quejó ella.

—Entonces, déjate capturar. Otros encenderán la hoguera para ti.

—Pero yo no sé nada...

—No se lo creerán.

De pronto, Mary golpeó el aro del volante con el puño cerrado.

—Maldita sea... Este es un sucio y asqueroso asunto y lo dejaría de muy buena gana, si no fuese por las personas que confiaron en mi padre...

—Si es por eso, ya puedes abandonar el caso. Nunca recobrarás los cuatrocientos mil dólares que te faltan.

—Hardin era socio de McAlbert. Tendrá que pagar.

—¡Ja, ja! Si sigues haciéndome reír tanto, se me romperá la mandíbula. Hardin, devolver cuatrocientos mil... Es la cosa más idiota que he oído desde que empecé este asunto.

—¿Por qué no? Si tiene dinero...

—Vivía a costa de su mujer, recuérdalo. Sí, a veces ganaba dinero, pero, según Greta Hardin, el balance final le daba como perdedor. Y aunque es cierto que Hardin era socio de McAlbert, no lo era en el estricto sentido financiero.

—Entonces, ¿qué demonios hada con McAlbert?

—Todos los trabajos sucios —contestó Kelton en el acto—. Y ya puedes imaginarte qué clase de trabajos eran.

Mary asintió en silencio. Sí, tenía que darle la razón a su

acompañante. Pero, ¿dónde estaban los cien mil billetes falsos?

* * *

Avanzaron con gran cautela en la mañana cálida y apacible hacia la casa situada entre los árboles. Cuando llegaron a la explanada posterior, se detuvieron unos momentos a escuchar.

El silencio era absoluto. De repente, oyeron un ligero ruido en el interior de la casa.

El ruido se repitió. Sonaba de una forma regular, con un ritmo casi idéntico. Kelton tardó unos momentos en identificar aquellos sonidos.

—Están golpeando una pared con un pico —dijo.

—Sí, eso creo yo también —contestó ella.

—¿Te parece que asomemos la nariz?

—Desde luego. A eso hemos venido, creo.

Avanzaron paso a paso y abrieron la puerta trasera. El ruido del pico sonó con más fuerza, incluso podían percibir las vibraciones que se producían en la estructura de la casa a cada golpe.

De pronto, cesaron los ruidos. Alguien dijo:

—¡Uf, estoy molido! Dame una cerveza, Sheila.

—Esa pared es muy gruesa —dijo la mujer—. Si luego resulta que nos hemos equivocado...

—No. El escondite está ahí, delante de nuestros ojos. ¿No ves que el revoque es muy reciente? Ni siquiera tiene tres semanas... aunque, eso sí, construyeron un muro doble de ladrillos macizos y bien sujetos por cemento. Además, ten en cuenta que yo no soy un experto con el pico.

Ella se echó a reír.

—Manejas mejor la «máquina de coser» —exclamó.

—Sí, pero perdí veinte balas estúpidamente. ¿Quién diablos se cargó a aquel condenado McAlbert?

—Eso no importa ahora. ¿Has terminado ya?

Tannis lanzó un suspiro.

—Sí, ya he terminado.

Se echó saliva en las manos, las frotó y empuñó el pico. Resonó el primer golpe.

—Creo que ya he perforado la pared —exclamó Tannis de repente.

—¡Dale, dale, Phil! —gritó la mujer, muy excitada.

De pronto, antes de que Kelton pudiera impedirlo, Mary dio un paso hacia adelante y se asomó a la otra habitación, situada a un lado de la puerta. Kelton estiró el cuello y vio a la pareja, vuelta de espaldas a ellos, completamente ajenos a la observación de que eran objeto.

Inesperadamente. Mary vio algo muy cerca. Estaba sobre una silla y le bastó alargar el brazo derecho, para apoderarse de aquel objeto» que pasó inmediatamente al joven. Kelton, estupefacto, se encontró de pronto con una metralleta en las manos.

Pero era una buena solución, admitió, ya que un peligroso asesino estaba desarmado. Repentinamente, se oyó un tremendo estrépito.

—¡Ha cedido! —gritó la mujer.

—Bueno, hemos alcanzado el objetivo —dijo Tannis, satisfecho, mientras se tasaba la manga de la camisa por la frente empapada de sudor.

Todavía seguían ignorantes de que había dos personas viéndolo y oyéndolo todo. Ella se inclinó hacia adelante, para mirar en el interior del hueco.

—Aquí hay una caja, Phil —exclamó.

—Aparta, Sheila —dijo el hombre.

Tannis alargó la mano y sacó una gran caja de cartón. Kelton pudo apreciar claramente su desconcierto.

—Esto pesa muy poco, tú —rezongó.

—A ver si nos han engañado... ¿Quién diablos te dijo que los billetes estaban aquí, eh?

—Fue Laird.

—¿Seguro?

—Mujer, reconocí su voz por teléfono...

—Bueno, bueno, tanto da que haya sido uno como otro. Abre la maldita caja de una vez,

Tannis se inclinó, levantó la tapa y un muñeco de broma salió disparado al extremo de un muelle, junto con algo muy parecido a un maullido de gato. Kelton lo vio y tuvo que retirarse, apretándose la boca con una mano, para no estallar en una ruidosa carcajada.

Mary tenía las dos manos en la boca. En sus ojos brillaba la risa. De repente, Tannis lanzó una espantosa maldición.

—¡Nos ha engañado! —aulló— El maldito hijo de perra... Se ha burlado de nosotros...

—Espera —dijo Sheila, muy pensativa—, ¿Y si él también estaba engañado?

—¿Tú crees?

—Pudiera ser. Pero lo sabremos con certeza, cuando hablemos con él.

Bruscamente, Tannis lanzó un grito de alarma:

—¡Viene alguien!

Sheila corrió hacia la ventana,

—Phil, larguémonos —exclamó—. ¡No es Laird!

CAPITULO X

Kelton adivinó lo que iba a suceder y miró hacia atrás. A sus espaldas estaba la puerta de un armario y la abrió sin vacilar.

—Aquí, Mary —susurró.

Ella no se hizo de rogar. Cuando ya cerraban, sonó un alarido:

—¡Mi ametralladora! ¡No está!

—¡imbécil! ¿Dónde la dejaste? —chilló Sheila.

—Aquí, en la silla...

—Tal vez creíste que la dejabas en la silla y está en otra parte.

—Ya no importa —contestó Tannis desesperadamente—. Corre, está a punto de llegar... Escaparemos a campo traviesa y luego...

Kelton y la muchacha oyeron pasos precipitados y el ruido de la puerta trasera que se abría con violencia. Repentinamente, estalló una detonación.

Sonaron más disparos, mezclados con horribles chillidos de agonía. Mary creyó que iba a desmayarse, cuando oyó la frenética voz de la mujer:

—¡No, no... a mí no, por el amor de Dios...!

Otro estampido acalló aquel patético ruego. Luego se oyó un horrendo estertor.

Alguien se asomó a la casa. Kelton apretó la metralleta. Nunca había manejado un arma semejante, pero si era necesario...

El asesino se retiró. Kelton se atrevió a asomar la cabeza. A su lado, Mary tenía la cara oculta entre las manos. El cuerpo de la muchacha se estremecía con violentas sacudidas.

—Trata de calmarte —aconsejó él, a la vez que abría la puerta.

Oyó el ruido de un motor. Corrió hacia la parte delantera y vio el coche que ya viraba, enseñándole la parte trasera. Kelton captó la matrícula.

Tenía buena memoria. Lo había demostrado cuando trabajaba en la oficina. La matrícula de aquel coche quedó indeleblemente grabada en su cerebro.

Luego volvió sobre sus pasos. Tannis y la mujer yacían a pocos pasos de la entrada, retorcidas sus cuerpos ensangrentados en macabras posturas.

La mujer se agitó de pronto. Kelton corrió hacia ella. Aún respiraba, pero sus ojos, abiertos, con el horror reflejado en sus pupilas, ya no veían.

—Sheila, dígame, ¿quién ha sido?

Ella abrió la boca. De pronto, sufrió una fortísima sacudida y la sangre brotó violentamente de su garganta. Volvió a agitarse, dobló la cabeza y se quedó quieta.

Kelton se incorporó.

—¡Mary! —llamó.

—Dime, Ronnie —contestó ella, con voz insegura.

—Tenemos que marcharnos. Debes salir por aquí, no hay otro remedio.

—Está bien. Ahora ya... no importa...

Mary apareció, vacilante, con el rostro limpio de color. Kelton alargó una mano y ella se agarró como si fuese una tabla de salvación. Un momento más tarde, Kelton pasó un brazo sobre sus hombros.

—Procura tranquilizarte —aconsejó.

—Sí... ¿Están...?

—Ella vivió unos segundos. Le pregunté si había reconocido al asesino y creo que me oyó, pero no tuvo tiempo de darme la respuesta.

Mary cerró los ojos, dejándose llevar por el joven.

—Dios mío... Esto es horrible., Tanta sangre... ¿Por qué. Ronnie, por qué? —clamó frenéticamente.

—Cálmate —dijo él con severidad—. Este asunto empezó con sangre, a partir del momento en que alguien decidió que McAlbert estaba mejor muerto. Todo lo demás no son sino secuelas de un mismo caso.

—Pero es que se matan como fieras...

—¿Acaso son otra cosa?

La muchacha hipó unas cuantas veces. Poco a poco, empezó a recobrarse.

—Ronnie, ¿lo viste? —preguntó al cabo de unos momentos.

—No. pero he conseguido un dato muy importante.

—¿De veras?

—La matrícula de su coche.

—Eso es estupendo. Así sabremos quién disparó contra esos dos desgraciados...

—No tanto —corrigió Kelton—. Recuerda que Tannis ametralló despiadadamente el coche, creyendo que McAlbert estaba todavía vivo. Y ahora que me doy cuenta...

Kelton tenía aún la metralleta. Tomó impulso y la arrojó a gran distancia, de modo que cayera entre unos arbustos.

—Ahora me siento mejor —sonrió.

—El asesino estará ya muy lejos —supuso Mary.

—Déjalo. Yo recuerdo perfectamente la matrícula de su coche. Así podremos localizarlo, aunque... no sé quién me lo dirá... A la policía no puede recurrir...

—Está el amigo de mi padre, hombre. Ese tiene muchos conocimientos en todas partes.

—Es cierto —convino Kelton—. Bueno, será cosa de hablar con él.

—Yo iré a verle, Ronnie,

—No. Tú te quedarás en casa. Todo lo más, te permito telefonarle anunciándole mi visita, para que me atienda sin demora. Pero no le digas de qué se trata, salvo que es algo relacionado con el caso.

—Muy bien, como quieras.

Siguieron andando. Un poco más adelante. Kelton meneó la cabeza y dijo:

—Si alguien me hubiera dicho hace tan sólo dos semanas que los jaleos en que me iba a ver metido, le habría contestado que estaba loco de remate. Entonces, yo era un empleado que vivía feliz y sin preocupaciones...

—Una existencia rutinaria y sin alicientes —objetó Mary.

—Estaba a punto de conseguir un ascenso. Y, qué diablos, ¿si no sabía hacer otra cosa, por qué iba a parecerme mal esa clase de vida? Yo estaba muy contento, créeme.

—¿Y ahora no?

—No. No soy un hombre violento, pero me he visto mezclado en más crímenes de los que podría imaginarme. Todo lo rutinario que tú quieras, pero seguro y tranquilo; por eso añoro mi empleo.

—Pues vuelves a pedirlo y...

—Tendría que casarme con la hija del patrón. Sería muchísimo peor, Mary.

Ella sonrió.

—Entonces, tendrás que buscar otro trabajo —contestó.

—Cuando llegue el momento, tomaré una decisión. Mientras tanto... hablaré con Drenner y le pediré que me diga el nombre del dueño de cierto coche,, cuya matrícula está grabada en mi mente de un modo imborrable.

* * *

Norman Drenner resultó ser un cincuentón de aire un tanto bohemio, pero muy simpático y que conocía a gran cantidad de personas de todas clases. Al saber las pretensiones de su visitante, se mostró inmediatamente dispuesto a ayudarlo.

—Por supuesto, conocer el nombre del dueño de un automóvil, sabiendo cuál es la matrícula, resulta muy fácil —contestó a la petición de Kelton—, Naturalmente, esas facilidades no son las mismas para todo el mundo. El Departamento de Tráfico de la Policía no proporciona tal información al primero que se acerca a pedirlo.

—A usted, sí —sonrió el joven.

Drenner hizo un gesto de satisfacción.

—Tengo muy buenos amigos —admitió—. Vuelva a la tarde y tendré resuelto el problema.

—Muchas gracias, señor Drenner. De veras, se lo agradezco.

—No tiene por qué, muchacho. Tratándose de algo que está relacionado con la hija del que fue uno de mis mejores amigos, lo hago con muchísimo gusto.

—Sí, desde luego.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Ronnie? —solicitó Drenner.

—Todas las que quiera. A fin de cuentas, me parece que conoce el asunto tan bien como nosotros.

—Casi —sonrió el detective—. ¿Se fijó en la marca del coche?

—No, no tuve tiempo. Aunque me pareció un «Chevrolet» del 76, no podría jurarlo, sin embargo.

—¿Color?

Kelton hizo una mueca.

—Yo diría que blanco, quizá amarillo pálido. Había concentrado toda mi atención en la matrícula, puesto que me di cuenta que ya no podría detenerle. Además, ni siquiera lo hubiera intentado; el conductor estaba armado y dispuesto a todo. Yo estaba oculto en la casa...

—Comprendo. Tampoco le vio cuando disparó contra aquellos dos desgraciados.

—Por supuesto que no. Mary y yo estábamos escondidos en una despensa, con los pelos de punta. Sólo cuando nos dimos cuenta de que el tipo se marchaba, me atreví yo a acercarme a una ventana.

—Bueno, no se preocupe más; yo encontraré al individuo.

—Me interesaría encontrarlo yo —dijo Kelton.

—Perdone, ha sido una frase. Quise decir que sabré quién es el dueño del coche, por medio de la matrícula.

—De acuerdo. He tenido un gran placer, señor Drenner.

—Lo mismo digo, muchacho.

Kelton regresó al apartamento de Mary. La joven tenía un recado para él.

—Ha llamado la señora Hardin. Quiere hablarte —le informó,

—Oh... Ahora mismo, claro.

Kelton se acercó al teléfono. Mary le dirigió una mirada de curiosidad.

—¿Le dijiste que te hospedabas en mi casa?

—Ayer por la mañana, la llamé, para saber si tenía noticias de su esposo. Contestó negativamente y le di tu teléfono para el caso de que consiguiera averiguar algo.

—Comprendo. Una buena idea, Ronnie.

—Sí, encanto.

Kelton marcó un número. La voz de Greta sonó a poco en sus tímpanos.

—Soy la señora Hardin...

—Kelton, señora —dijo el joven—. Creo que tenía un mensaje para mi.

—Es cierto. Una amiga me dijo que anoche vio a mi esposo, cenando en el *grill* del Admiralty. Se saludaron brevemente y luego mi amiga le vio firmar la nota de la cuenta. Eso parece indicar que se aloja en el hotel.

—Es posible, señora. Le agradezco sinceramente la información y la tendré al corriente de mis pesquisas.

—Venga a verme cuando pueda, Ronnie.

El tono de voz de Greta había cambiado súbitamente. Ahora era suave, dulce, insinuante. Kelton captó en el acto la nota sensual.

«Te encuentras sola y buscas compañía», pensó.

—Descuide —respondió.

Y colgó el teléfono, a la vez que se volvía hacia Mary.

—Parece que Hardin ha sido localizado —sonrió.

—¿Dónde? —preguntó ella con avidez.

—En un hotel de lujo. Naturalmente, un tipo como Hardin no puede hospedarse en tugurios.

—Cuando le viste por primera vez, no estaba precisamente en un gran hotel.

—Tampoco era malo, ni mucho menos.

—Está bien, eso no tiene importancia. ¿Qué piensas hacer ahora? Kelton sonrió ladinamente.

—¿Tenemos fondos suficientes para comer en el *grill* del Admiralty?

Mary silbó.

—Es un sitio terriblemente caro. Incluso obligan a los clientes a que usen respirómetro.

—¿Qué es eso? —se sorprendió Kelton.

—Tú entras en el hotel y un empleado te cuelga del cuello un aparatito. que mide el volumen de aire que consumes durante tu estancia en el hotel. AS salir, te facturan los metros cúbicos que has respirado...

Kelton captó la chispa de ironía que lucía en ojos de la chica y movió la mano.

—Es un buen chiste, pero, de repente, me han entrado unas ganas horribles de saborear la cocina del Admiralty, así que arréglate rápidamente, porque nos vamos enseguida

Mary se llevó la mano a la sien.

—Sí, señor.

* * *

El asado estuvo delicioso y Kelton demostró que sabía elegir un menú y que entendía de vinos lo suficiente para tranquilizar al más exigente en materia de etiqueta culinaria. Mary, asombrada, le pregunto dónde había adquirido tales conocimientos.

—A veces, tenía que invitar a clientes de mi patrón, por cuenta de la empresa, claro... —De pronto, Kelton levantó una mano—. Mozo...

El camarero se acercó respetuosamente.

—¿Señor?

Kelton deslizó en su mano dos billetes de diez dólares.

—Por favor, con toda discreción, averigüe si en este hotel se hospeda el señor Rutherford Hardin.

—Bien, señor, haré lo que pueda —contestó el camarero. Mary sonrió.

—Eres un tipo de mundo, no cabe la menor duda —dijo.

Y en aquel momento, se acercó un hombre a la mesa.

—Ronnie...

Kelton alzó la mirada. Su sonrisa se borró en el acto.

—Ah, es usted, señor Deale... —dijo fríamente.

—Ronnie, quería hablar con usted... —manifestó el sujeto, que aparentaba unos cincuenta años y ofrecía una apariencia de indudable prosperidad—. He llegado a averiguar la verdad de todo lo ocurrido y, sinceramente, me siento arrepentido de mi impulso...

—Debió de habérselo pensado dos veces, señor Deale —contestó Kelton, sin abandonar su tono glacial—. Pero permítame que le presente a la señorita Shannoe, mi prometida. Mary, te presento a Harvey Mahlen Deale, el hombre que me despidió a puntapiés de mi empleo y no metafóricos, precisamente.

El rostro de Deale se puso encarnado.

—Ya he dicho que fue un error y estoy dispuesto a ofrecer mis disculpas. ¿Por qué no viene mañana a mi oficina y hablamos de su empleo otra vez, Ronnie? Imagino que, sí se va a casar con esta hermosa señorita, deseará estabilidad económica, un ascenso, un puesto de responsabilidad...

—Por el momento, tengo otras ocupaciones más interesantes, muchas gracias. Le avisaré si decido cambiar de opinión.

—No lo eche en saco roto. Quiero reparar mi error —dijo Deale—. Señorita, he tenido mucho gusto.

Deale se marchó. Mary se enojó.

—Yo no soy tu prometida —exclamó.

—El no lo sabe —contestó el joven tranquilamente—. Pero quería vengarme un poco de la humillación a que me sometió...

El camarero se acercó en aquel instante.

—Señor, el señor Hardin se hospeda en la *suite* 2 E —informó.

—Muchas gracias.

—A usted, señor.

Kelton se volvió hacia la muchacha.

—¿Me acompañas a ver a ese tiburón o prefieres quedarte aquí?

—consultó.

Mary se puso resueltamente en pie.

—Te acompaño —dijo.

CAPITULO XI

Después de abandonar el restaurante, pasaron al espacioso vestíbulo del hotel, bastante concurrido en aquellos momentos.

—Usaremos la escalera, no merece la pena el ascensor —dijo él.

—Conforme.

Cuando se acercaban a la escalera, Kelton vio venir a un hombre en dirección contraria. Era un tipo alto, robusto, de unos cuarenta años, a quien días antes había podido contemplar vestido con otras ropas.

El sujeto pasó por su lado, muy rápido, con el rostro alterado. Kelton agarró con fuerza el brazo de la muchacha.

—¿Qué sucede? —exclamó Mary, alarmada.

Kelton vaciló. El sujeto estaba ya a punto de alcanzar la encristalada puerta de salida.

—Es Laird, el falso mayordomo que me recibió en Hillbane Mansión —dijo.

—¿Laird? —se asombró ella—. ¿Qué hace aquí?

—Hardin está en el hotel, recuerda.

—Sí... ¿Por cuál de los dos te decides, Ronnie?

El falso mayordomo subía en aquel momento a un taxi, parado frente al hotel. Kelton movió la cabeza hacia la escalera.

—Hardin —repuso.

—En marcha —exclamó Mary.

Iniciaron el ascenso. Cuando llegaban al segundo piso, oyeron un penetrante chillido.

El grito se repitió Atónitos, Kelton y la muchacha vieron a una camarera que salía de la habitación 2 E, presa de un terrible ataque de nervios. Otra camarera corrió en su auxilio.

—Está muerto... Lleno de sangre...

Kelton se detuvo en seco.

—Llegamos tarde —murmuró sombríamente.

—Entonces, larguémonos —dijo Mary.

Los gritos de la camarera atrajeron la atención de otros huéspedes, que empezaron a salir de sus habitaciones. Acudieron un par de empleados. Kelton decidió aprovechar la confusión.

—Sigamos subiendo —bisbiseó.

Ganaron dos pisos más y luego llamaron al ascensor. Volvieron al restaurante y usaron su puerta para salir a la calle.

Mary estaba muy afligida.

—Lo hizo Laird —dijo.

—No cabe la menor duda —admitió él.

—¿Todavía siguen disputándose el botín, como buitres hambrientos?

—Todavía. Esto sólo se puede detener de una forma, Mary.
—¿Cómo, Ronnie?
—Cuando sólo uno de ellos quede vivo. Y como no sabemos cuántos son, no podemos saber tampoco cuántos tienen que morir todavía.
Mary se estremeció.
—Pero McAlberty y Hardin están muertos y, según parece, eran los cabecillas de la banda.
—Quizá no —contradijo Kelton.
—¿Había alguien por encima de ellos?
—Es posible.
—¿Quién, Ronnie?
Kelton abrió la portezuela del coche.
—Tendremos que averiguarlo...: aunque sospecho que tiene mucha relación con el hombre que mató a Tannis y Sheila.
Mary guardó silencio, profundamente impresionada por lo sucedido. Cuando entraban en su apartamento, sonó el teléfono.
Kelton se apresuró a levantarlo y dio su nombre.
—Hola, Ronnie. Soy Drenner. Tengo noticias para usted.
—Ah, conoce la identidad del dueño de aquel automóvil. —Sí, en efecto. Oiga, además, tengo que decirle otras cosas muy interesantes. ¿No podría venir a verme?
—Por supuesto, señor Drenner.
—Gracias, pero tenga en cuenta que no estoy en mi casa. Después de investigar en el Departamento de Tráfico, tuve que hacer algunas gestiones... Ahora me encuentro en un almacén que hay al final de la calle Veintidós. Lo verá muy pronto, es el único que hay en aquel sector, después de varios solares y antes de un almacén de chatarra. Estoy vigilando a un tipo, ¿sabe?
—Sí, claro, el oficio —rió Kelton.
—Venga por la parte posterior. Encontrará abierta la puerta.
—De acuerdo Kelton colgó el teléfono.
—Aguárdame —dijo—. Voy a entrevistarme con el amigo de tu padre. Ha localizado al dueño del coche.
—Llámame en seguida, Ronnie —pidió Mary.
—Descuida.

* * *

El lugar estaba solitario y abandonado. Las huellas de pasadas actividades saltaban a la vista por todas partes. Ahora, el ambiente resultaba casi lúgubre, muy deprimente.

Kelton dejó el coche en la trasera del edificio, que había conocido sin duda mejores tiempos. Estudió la puerta unos momentos. Era de chapa y aparecía completamente oxidada. Se preguntó a quién podía vigilar Drenner. No le importaba en absoluto, decidió al cabo.

Lentamente, se acercó a la puerta y la empujó un poco. El interior del enorme local estaba en la penumbra. Aun así, pudo ver algunos cajones de embalaje y un par de máquinas herrumbrosas. Un corredor en voladizo rodeaba los muros a cuatro o cinco metros del suelo, con un puente central que evitaba la vuelta completa, cuando se necesitaba ir a algún punto más cercano a la escalera que habla adosada a la pared de la izquierda.

Al fondo, divisó una garita encristalada. Los vidrios estaban cubiertos de polvo. La pequeña grúa de puente aparecía mohosa, llena de herrumbre.

Terminó de abrir y dio un par de pasos en el interior.

—¡Señor Drenner! —llamó.

La voz rebotó en numerosos ecos por las paredes del edificio. Kelton se sintió repentinamente aprensivo.

—Drenner, ¿está ahí? —volvió a gritar.

Repentinamente, creyó percibir un ruidito a sus espaldas y sobre su cabeza. Un oscuro instinto le hizo tirarse al otro lado de un gran cajón de madera, justo en el momento en que sonaba un estampido.

La bala pegó en el suelo de cemento y rebotó con agudo chillido. Dos proyectiles más hicieron volar astillas de las tablas del cajón tras el que se protegía.

Kelton empezó a sudar. ¿Quién le disparaba?

Buscó algo para defenderse. Pero, ¿cómo atacar a alguien que disponía de una pistola, mientras él sólo tenía sus manos desnudas?

Mirando a derecha e izquierda, pudo ver una recia tabla, de unos doce centímetros de ancho, por dos o tres de grueso y metro y medio de longitud. En condiciones normales, podía ser un arma temible. Pero ahora...

Inesperadamente, se oyó el sonido de una sirena policial que se aproximaba a toda velocidad. Un agudo grito de rabia sonó en aquel momento.

—Por allí... ¡Se escapa!

Kelton asomó la cabeza y vio a Drenner, haciendo fuego en dirección a la puerta principal del almacén. El detective lanzó una maldición.

—Se ha largado —exclamó, rabioso—. Ronnie, ¿se encuentra bien?

Kelton se irguió.

—He escapado por los pelos —contestó—, ¿Quién me disparó?

—El tipo a quien vigilaba. Seguramente, creyó que usted era uno de mis ayudantes... Por fortuna, debía de haber alguna patrulla en las inmediaciones y oyeron los disparos. No se preocupe, tengo amistades en la policía.

Drenner inició el descenso.

—Me alegro de que no le haya pasado nada —sonrió— A mí también me pilló ese tipo por sorpresa. Estaba escondido y no le vi hasta que hizo su primer disparo. Procuré acercarme y entonces escapó...

—He tenido suerte, en efecto —convino el joven.

Drenner se le acercó y palmeó sus espaldas.

—Está bien, salgamos al encuentro de los policías. Deje que yo me entienda con ellos. Luego le diré lo que desea saber, ¿de acuerdo?

—Sí, desde luego.

* * *

—El tipo se llama Jake Johnson —dijo Kelton aquella misma noche, mientras Mary ponía la mesa para la cena—. Tengo también su domicilio, aunque no me tienta demasiado la idea de ir a verle. Es muy propenso a usar la pistola, ¿comprendes?

—Pero algo tenemos que hacer, ¿no crees?

Kelton frunció el ceño.

—Hay una posibilidad —dijo.

—¿Sí. Ronnie?

—Yo me siento un poco cansado. Preferiría madrugar y sorprenderle en la cama.

—Tendrá la puerta bien cerrada...

—Es una casa de estilo antiguo, con escalera de incendios al exterior.

—Ah, te lo ha dicho Drenner.

—Desde luego.

—Bien, supongamos que lo sorprendes. ¿Qué harás? No, no me contestes todavía, espera a que haya servido la sopa.

Kelton se quedó muy pensativo. Mary tenía razón. Sí, ¿qué haría cuando hubiera sorprendido a Johnson?

—Si está dormido, podré quitarle la pistola que, según el amigo de tu padre, la tiene bajo la almohada. Le amenazo para que hable y... ¿Te parece bien? —dijo momentos después, entre cucharada y cucharada de sopa.

—Me parece bien... si sale bien —sonrió ella—. Permitirás que te acompañe, supongo.

—No podría negarme —contestó él.

Continuaron cenando. Al cabo de un rato, Mary apoyó los codos en la mesa.

—Ronnie, estaba pensando en algo...

—¿Interesante?

—Al menos, para ti. Harvey Deale te ha dado una oportunidad. ¿Piensas aceptarla?

Kelton jugueteó unos instantes con el tenedor.

—El empleo puede ser rutinario, como ya te dije en cierta ocasión, pero me gustaba. Está bien pagado y ahora, con el ascenso, tendré más libertad de movimientos, sin necesidad de ajustarme al horario estricto de una oficina. Claro que tendré que decirle al señor Deale que hemos roto el compromiso.

—Nunca existió tal compromiso —alegó Mary.

—Lo sé. Pero tendrás que perdonarme la pequeña satisfacción de decírselo a Deale. Fue como un desquite, con tu involuntaria colaboración, claro.

—No me importa, Ronnie. ¿Aceptarás el empleo?

Kelton estudió unos instantes el semblante de la muchacha.

—Un ejecutivo de una firma importante necesita una esposa. Ya sabes, respetabilidad social y todo lo demás. Aun que echemos pestes de los convencionalismos, lo cierto es que todos procuramos guardar las formas.

—Es que yo no me casaría jamás por guardar las formas, Ronnie —protestó ella.

—Tampoco yo te pediría en matrimonio sólo por aparentar respetabilidad. Sin embargo...

Kelton se interrumpió. Ella le miró ávidamente.

—¿Qué, Ronnie?

—También hay ejecutivos solteros.

—Oh sí, claro —dijo Mary, un tanto decepcionada—. No existe una ley al respecto. Bien, de todas formas, ya me dirás qué decisión piensas tomar, aunque me imagino que volverás con Deale.

Kelton sonreía.

—Hablaemos después de haber visto a Johnson, ¿te parece bien? Mary no pudo contestar. El teléfono sonó en aquel momento. Se levantó, tomó el aparato, escuchó unos instantes y luego lo tendió hacia su huésped.

—Para ti, Ronnie. Es un tal Goodyne.

Kelton arqueó las cejas.

—¿Qué querrá de mí ese agente artístico? —murmuró.

Se puso en pie y agarró el teléfono.

—Hola, Brandie —dijo—. ¿Pasa algo?

—Tengo entendido que estás sin trabajo. Yo puedo ofrecerte un empleo, Ronnie —manifestó Goodtyne.

—¿Me vas a dar el puesto de Robert Redford? —rió el joven.

—Bueno, tampoco ése empezó siendo una estrella —dijo el agente artístico—. Pero tú tienes una buena pinta y eres desenvuelto y elegante. El papel es secundario, de poca importancia, aunque por algo hay que empezar, ¿me entiendes?

—Hombre, es que yo...

—Deja que te explique todo, Ronnie. Luego haz lo que quieras, pero escúchame, por favor. Es un papel muy sencillo: un empleado de Banca que se pone de acuerdo con unos bandidos, para facilitarles la tarea de asaltar la caja fuerte, donde hay diez millones de dólares, para un pago especial... Luego se arrepiente y... En fin, así es tu papel, muy sintetizado... y si aceptases, tendrías un mes. de empleo garantizado, con un sueldo mínimo de quinientos diarios. No está mal para empezar, ¿verdad?

—Hombre, no, claro.

—Te doy de plazo hasta mañana para que me contestes.

Llámame a los estudios de la Intercentral Films. Estaré con el jefe de reparto a partir de las nueve de la mañana. ¿O.K., Ronnie?

—O.K.. Brandie.

Kelton dejó el teléfono y se volvió hacia la muchacha.

—Me ofrecen un empleo de actor de cine en la Intercentral Films —dijo.

—Es la compañía de McAlbert —exclamó Mary, asombrada. Kelton sonrió.

—Sería gracioso que tuviese que actuar en un estudio que arruinamos entre tú y yo, ¿no te parece?

—Entonces, ¿rechazas el empleo que te ofreció Deale?

—Lo consultaré con la almohada —respondió Kelton.

A las cuatro de la mañana, despertó bruscamente y lanzó un estentóreo alarido. El grito llegó hasta el dormitorio de la muchacha, que se levantó de inmediato y corrió al cuarto que ocupaba Kelton.

—Ronnie —preguntó, alarmada, mientras se ajustaba el cinturón de la bata—, ¿qué sucede? ¿Te sientes mal?

Kelton estaba sentado en la cama y sonreía de un modo muy especial.

—No, no me sucede nada... salvo que acabo de dar con la solución del enigma... y también con la identidad del hombre que está detrás de todo este sangriento asunto.

—¿Seguro, Ronnie?

Kelton hizo un gesto afirmativo.

—Ciento por ciento —contestó rotundamente.

CAPITULO XII

Los operarios de la decoración estaban terminando de reconstruir el banco destrozado días antes. Un camión grúa se acercó, llevando en su plataforma una colosal caja de caudales.

Kelton y la muchacha contemplaban expectantemente las operaciones. Mary, por consejo del joven, se había puesto una peluca negra y llevaba unas grandes gafas de color. Mary se sentía muy aprensiva y no estaba aún segura de que todo saliese como él le había asegurado horas antes.

Goodtyne apareció de pronto, dirigiéndose a la pareja a grandes zancadas.

—Hola. Ronnie —saludó—. Me alegro de que hayas venido. Prácticamente, el papel es tuyo, si sales bien de la prueba que te harán dentro de una hora. Incluso he mejorado el contrato. Seiscientos diarios. ¿Qué te parece?

—Magnífico, Brandie —sonrió el joven.

—No te pierdas. Volveré a buscarte dentro de una hora. Señorita...

Goodtyne se alejó. Mary arrugó el entrecejo.

—Es un buen sueldo, Ronnie. ¿Aceptarás?

—Quizá fracase en la prueba —contestó él.

—Oh, ahora ser artista de cine es tan fácil... Basta con hacer lo que te ordene el director...

—¿Te gustaría que triunfase?

—Por ti, sí, pero no por mí. Hay muy pocos artistas triunfadores que luego son felices en su vida privada. Tarde o temprano, se rompen sus matrimonios... y eso no me gustaría en absoluto, ¿comprendes?

Kelton no contestó. Un capataz se puso a vociferar en aquel momento.

—¡Ese trozo de pared, todavía no! —aulló—. Antes hay que meter la caja fuerte. ¿Cómo se puede comprender un banco sin caja fuerte, imbéciles? ¡Vamos, fuera ese maldito lienzo de pared.

El camión grúa retrocedió unos pasos. Su conductor se apeó y encendió un cigarrillo. Kelton vigilaba atentamente por todas partes.

De pronto, alguien se acercó al conductor del camión y le dijo algo. El chófer asintió y se marchó.

Kelton se puso rígido. El hombre que había hablado con el chófer era Laird, el falso mayordomo.

Laird se apoyó negligentemente en la aleta delantera del vehículo. A los pocos momentos, un hombre, vestido con un mono de peto y gorra de visera tipo béisbol, llegó al camión y

trepó por la otra portezuela.

—Ya están ahí —bisbiseó Kelton.

Mary asintió y se separó del joven. Corrió unos pasos, subió a su coche, y tras hacerlo arrancar, lo situó en marcha atrás delante del camión, cuyo motor emitía ya los primeros ronquidos.

El chófer se asomó por la ventanilla.

—¡Estúpida! —rugió—. ¡Quite de ahí su coche! ¿No ve que tenemos que sacar de aquí este camión?

Mary no contestó. Paró el motor, puso el freno de mano, quitó las llaves de contacto, se apeó y echó a correr, mientras el chófer vomitaba maldiciones de todos los calibres.

Laird estaba a su lado y le hizo señas de que diese marcha atrás. Entonces, el capataz lanzó un alarido

—¡Animal! ¿Es que no ves la carretilla que tienes a tus espaldas?

Kelton había desplazado una carretilla de carga, dejándola situada en la zaga del camión. El chófer se puso nervioso y quiso maniobrar, pero se equivocó en los controles y la grúa empezó a elevar la enorme caja de caudales.

Laird blasfemó horriblemente. Entonces, Kelton se acercó a la cabina del camión.

—Es inútil, Drenner. No podrá escapar.

El detective, bajo su disfraz de operario, le miró rabiosamente.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó.

—Cometió un tremendo error. Mary no le había dicho nada de los asesinatos de Tannis y Sheila en Three Mills. La noticia no se había divulgado aún, puesto que se tardaron casi dos días en encontrar los cadáveres. Usted dijo: «Tampoco le vio cuando disparó contra aquellos dos desgraciados». Por tanto, el único que podía saberlo era el asesino, es decir, usted.

—Listo, es muy listo. Kelton —dijo Laird.

—Nell, a usted lo arrestarán por el asesinato de Hardin. Supongo que discutieron por el reparto del botín, aunque eso importa ya poco. Todos lucharon contra todos, asesinándose los unos a los otros salvajemente... Pero sólo dos creyeron ser los vencedores de este torneo fatídico.

—Nosotros —dijo Drenner.

—«Creyeron» ser los vencedores, pero no lo son. Aunque justo es admitir que han sabido encontrar los cien mil billetes falsos.

—¿Sí? ¿Dónde están? —preguntó Drenner.

Kelton señaló hacia la caja fuerte, que estaba suspendida en el aire.

—Ahí, el sitio más lógico, si se tiene en cuenta que la idea partió de McAlbert, quien, por otra parte, era también co-

guionista de la película. Bueno, firmaba como tal, para aumentar sus ganancias, pero, en realidad, se limitaba a hacer algunas sugerencias. Sin embargo, en este caso, consiguió que los billetes falsos fuesen escondidos en un lugar sumamente adecuado... del que unos supuestos bandidos los sacarían, en un imaginario gran golpe, para llevarlos luego a otro sitio, desde el que serían «exportados» ya sin riesgos. Todo el mundo creería que eran billetes de guardarropía, naturalmente, y no habría dificultades en la operación. ¿Verdad que fue una gran idea?

Drenner hizo crujir sus dientes. Kelton meneó la cabeza.

—El gran amigo del padre de Mary —dijo—. Ella le consultaba casi constantemente, creyendo en su buena fe, y así le tenía al corriente de todos nuestros pasos. Sin embargo, hubo una ocasión en que usted perdió algo bueno.

—¿De veras?

—Sí. Farnclough era uno de los intermediarios de la «operación» y ya había reunido doscientos mil dólares legítimos, que un tonto dejó escapar.

—Aquel maldito idiota... —barbotó Drenner—, Pensó que eran falsos y los dejó en Hillbane Mansión.

—Quizá de haber conseguido ese dinero, no habría seguido adelante, ¿verdad?

Drenner asintió.

—Es cierto. Y usted tuvo mucha suerte...

—Sí, porque se dio cuenta del error cometido y quiso rectificarlo, eliminándome en el almacén de la calle Veintidós. No vigilaba allí a nadie, no hubo otro tipo con una pistola, excepto usted. Pero cuando falló sus disparos, tuvo que buscar un pretexto lo suficientemente convincente para que yo creyese que, en efecto, había un tipo allí, que consiguió escapar después de disparar a un supuesto ayudante suyo. No; Jake Johnson no es sino una invención suya para quitarme de en medio.

En aquel momento, Laird dijo algo al oído de Drenner y éste asintió.

—En seguida —contestó—. Kelton, ¿y cómo no puede decir que tal vez yo investigue por cuenta del gobierno? No sería la primera vez...

—Lo habría sabido muy pronto. No, Drenner, no trate de engañarme una vez más. Es cierto que usted no ideó el plan, pero sí decidió intervenir, cuando vio que podía obtener un gran provecho. La idea partió de McAlbert, secundado por Hardin, pero una vez que el asunto estaba en marcha, fue preciso eliminar al primero, porque quería prácticamente todas las ganancias para sí. A mí me eligieron para «cargar con el muerto»; lo que sucede

es que las cosas salieron mal, precisamente porque McAlberty no actuó correctamente desde el principio. Correctamente, quiero decir con sus colegas, los que le habían ayudado en la falsificación. Si se hubiese portado bien, ahora estaría vivo y... pero ya lo dijo alguien hace muchísimos años, ésta es otra historia.

—Sí, otra historia. Y otra más, la nuestra —dijo Drenner rabiosamente, a la vez que embragaba y pisaba el acelerador a fondo.

Los operarios del estudio habían suspendido sus tareas, atónitos al escuchar algo que no comprendían bien del todo. Sonaron gritos de alarma cuando arrancó el camión, cuyo morro empujó con tremenda fuerza al coche de Mary.

Laird sacó una pistola y disparó un par de tiros al aire, lo que provocó una desbandada general. Suspendida de la grúa, la caja fuerte empezó a balancearse peligrosamente.

Con enormes chirridos de metal abollado, el automóvil de la muchacha fue apartado a un lado. En aquel momento, unos policías de uniforme, empuñando sus pistolas, se colocaron delante del pesado vehículo.

—¡Alto, alto! —gritaron.

Laird disparó un tiro. Los policías contestaron al fuego.

Drenner se estremeció convulsivamente y cayó sobre el volante. El camión, sin gobierno, rodó unos metros y se detuvo. Laird, aterrado, saltó fuera con las manos en alto.

—¡No disparen! ¡Me rindo! —gritó.

En el mismo instante, la caja fuerte, sin duda mal sujeta, se desprendió de sus ligaduras y cayó al suelo, rompiéndose aparatosamente en numerosos trozos. Decenas y decenas de fajos de billetes se esparcieron a su alrededor mientras Kelton, atónito, se preguntaba cómo era posible que una caja de acero pudiera romperse con tanta facilidad.

Los trabajadores, curiosos, empezaron a acercarse. Alguien, por medio de un megáfono, emitió una tonante advertencia:

—¡Atrás todo el mundo! —bramó Armstrong—. ¡Que nadie toque esos billetes, si no quiere enfrentarse con la ira del gobierno de los Estados Unidos!

Kelton sonrió al escuchar las melodramáticas frases del agente del Tesoro. Desdeñando la prohibición, se acercó a la desventrada caja fuerte. No lejos de él, alguien dijo:

—Es inútil. Drenner ha muerto,

Kelton se acuclilló. Armstrong se situó a su lado.

—¿Qué Se pasa, Ronnie? —preguntó el agente.

—La caja fuerte. ¿Cómo diablos ha podido romperse?

Armstrong se echó a reír.

—Hombre, estamos en un estudio de cine. Todo es decorado.. incluso la caja fuerte de un banco,
—Claro —sonrió el joven—, Poliuretano, bien pintado...
—Pero con la resistencia suficiente para guardar cien mil billetes falsos, que unos no menos falsos bandidos se iban a llevar fuera del país.
—Entonces, ya no eran tan falsos bandidos.
—No. Tuvieron que -buscar a otros... Los que iban a intervenir en el atraco filmado, se mataron unos a otros —explicó Armstrong gravemente.
Kelton se puso en pie y dio un puntapié a uno de los fajos de billetes.
—Bah, dinero... ¿A quién le importa?
—Al gobierno, Ronnie, al gobierno —respondió el agente.

* * *

Un par de días más tarde, alguien llamó a la puerta. Mary fue a abrir.
—Hola, señor Armstrong —saludó—. ¿Qué le trae por aquí?
—¿Está Ronnie?
—Sí. Creo que ha terminado ya de hacer su maleta, —Se marcha, ¿eh?
—Bueno, ya tiene otro alojamiento...
Kelton apareció en aquel instante.
—¿Qué tal? —saludó.
Armstrong sacó un papel y lo puso sobre una mesa. —Repártanlo —dijo—. Es un obsequio del gobierno. Mary leyó la cifra escrita en el cheque.
—Diez mil dólares —exclamó.
—El uno por mil —calculó Kenton rápidamente.
—El gobierno no es Alí Babá —sonrió Armstrong.
—Está bien. De todas formas, dé las gracias a quien corresponda —dijo el joven.
—Así lo haré —Armstrong ¡es miró sucesivamente—, ¿Piensan repartírselo o pondrán él dinero en una cuenta conjunta?
Mary arqueó las cejas.
—Aun tenemos que discutirlo —respondió.
—Envíame los cinco mil dólares cuando te parezca bien —dijo Kelton—. Armstrong, ¿tiene el coche abajo?
—Claro, Ronnie.
Kelton agarró su maleta.

—Adiós, Mary.

En aquel momento apareció otro visitante en la puerta.

—¿Estorbo? —preguntó Deale.

Kelton respingó.

—¡Señor Deale!

—Hola —dijo el recién llegado—. He venido a conocer su respuesta, Ronnie. Sinceramente, le necesitamos,

—Ya tienes tu empleo —dijo Mary.

Kelton dudó un momento.

—Señor Deale, haga el favor...

Agarró al visitante por un brazo y se lo llevó a un rincón. —Si acepto, ¿me concederían dos semanas, antes de regresar a mi trabajo?

—¡Pues claro, muchacho, no faltaría más! Con tal de que vuelva con nosotros...

—Y tendré el puesto que me esperaba cuando... Bueno, usted sabe muy bien lo que sucedió.

Los dientes de Deale chirriaron.

—Tengo una hija que es un verdadero diablo. Fue ella la que me avisó, para que les sorprendiera. Acabó por confesarlo más tarde.

—Fila nunca me gustó, y no porque sea fea, sino porque... Bien, son cosas sobre las que ni uno mismo puede mandar.

¿Me comprende?

Deale sonrió, a la vez que daba una palmada en el hombro de Kelton.

—¡Bien venido a casa, muchacho! ¡Tómese las dos semanas y disfrute de su luna de miel! Es una chica preciosa, se lo aseguro.

—Yo también pienso lo mismo —sonrió Kelton.

Deale se marchó. Kelton se enfrentó con el agente.

—No iré con usted, Armstrong —dijo.

—Entiendo. Adiós —se despidió Armstrong.

Kelton se volvió hacia la muchacha.

—Tengo dos semanas de permiso, antes de empezar a trabajar de nuevo. Podríamos aprovechar para la luna de miel —sonrió.

—No es mala idea —convino ella.

—Entonces, ¿aceptas?

—Si, tonto —exclamó Mary. Lanzó un suspiro y añadió—: Ya era hora de que te decidieras.

Kelton la abrazó.

—¿Sabes, Mary? Creo que mi suerte ha cambiado ya, para mejorar, naturalmente.

—Me alegro muchísimo, Ronnie.

—Aunque no lo supiera en aquel momento, empezó a cambiar cuando decidí cometer un atraco.

Mary se echó a reír.

—Fue muy divertido, ¿no?

—Sólo en aquellos momentos. Después... —Kelton se estremeció

—. A veces, cuando duermo, sueño con miles de cadáveres, miles de billetes...

—Me parece que a partir de ahora soñarás cosas muy distintas, Ronnie.

—¿Sí? ¿Qué soñaré, encanto?

—Soñarás una esposa, hijos, facturas a fin de mes, vacaciones, la rutina de un trabajo...

—Quizá es lo mismo que deseabas tú —dijo Kelton,

—Sí, también lo deseaba —concordó la muchacha ardientemente.

F I N

Las mejores novelas de

MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**